

**PODREUNDER**

**ARMANDO REVELO LÓPEZ**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2018**

**PODREUNDER**

**ARMANDO REVELO LÓPEZ**

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar al título  
de Licenciatura en Filosofía y Letras.

**ASESOR:**

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2018**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

**NOTA DE ACEPTACIÓN**

---

---

---

---

---

---

Presidente del Jurado

---

Jurado

San Juan de Pasto, agosto \_\_\_\_\_ de 2018

## **AGRADECIMIENTOS**

El autor expresa su gratitud:

A la Universidad de Nariño, estancia de fugas y pensamiento.

Al Departamento de Humanidades y Filosofía y al cuerpo de profesores, por la oportunidad en el quehacer del pensamiento y literario.

Al maestro Gonzalo Jiménez Mahecha, por enseñar el camino.

A Loren Mejía, por favorecer el texto con sus ilustraciones.

A la memoria del maestro y amigo Arturo Cisneros Bonilla.

A mis padres: Adriana y Luis Armando.

A Constanza, por la siempre dilatada escucha.

## RESUMEN

Chucho, Franco, Dally y Alfonso “El Poncho” Cabezas encarnan las imposibilidades y posibles procederes de formación. Ubicados los personajes en escenarios de barrio y calle, los factores distorsionan las formas comunes de instrucción; Alfonso “El Poncho” Cabezas disloca, desarticula, cabriola, lo que puede constituirse como métodos de enseñanza tradicional.

Desde el vagabundeo, la calle, las sustancias, la aventura, el poseso ciudadano incurre, discurre por espacios que erosionan los sentidos. La aventura transmuta en infortunio, cuando los dispositivos de condicionamiento subrayan sobre los cuerpos ejes y vectores de conducta.

### **Palabras claves:**

- Drogas
- Educación
- Escritura
- Literatura
- Novela
- Teatro

## ABSTRACT

Chucho, Franco, Dally and Alfonzo “El Poncho” Cabezas embody the impossibilities and possible training procedures. Some factors distort common forms of instruction by placing the characters in neighborhood and street settings; Alfonzo “El Poncho” Cabezas distorts, dismantles, prances, which can be constituted as traditional teaching methods.

The city possessed incurs, runs through spaces that damage the senses from the wandering, the street, the substances, the adventure. When the conditioning devices determine axes and behavior vectors for the bodies, the adventure transmutes into misfortune.

### **Keywords:**

- Drugs
- Education
- Literature
- Novel
- Theater
- Writing



## CONTENIDO

	Pág.
1. PRESENTACIÓN	11
1.1 PHARMACON, LITERATURA E IMAGINARIOS	11
1.2 NOVELA, ESCRITURA Y FORMACIÓN	20
BIBLIOGRAFÍA	24
PODREUNDER	26
PRIMERA PARTE	27
SEGUNDA PARTE	48
TERCERA PARTE	77

## ÍNDICE DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. La fosa	29
Figura 2. Abejorro	40
Figura 3. Regicidio	62
Figura 4. Inmolación	69
Figura 5. Alienación	84
Figura 6. Asunción	96

## PRESENTACIÓN

*Podreunder* es un ejercicio de creación literaria, en el que se intenta enmarcar posibles escenarios de educación no convencional, en los que el teatro, la poesía, la literatura se entretejen con las sustancias para que se conformasen unos estamentos de resistencia ante los diferentes dispositivos de control. La experiencia, la pasión expuesta al juego de escribir se desata en ejercicio novelesco. Las corcovas, piruetas, volteretas de la imaginación se ayudan con el estudio de algunas obras de la literatura que las drogas han influido; además, los bochinches, trebejos, cotilleos de la cotidianidad dilapidan apelaciones para las pericias literarias. Mediante la experiencia de escritura, se descifra, se expone lo indecible, lo inconfesable, que “designa un secreto vergonzoso”, lo benévolo, lo nocivo del fármaco como elemento productor y exterminador de la vida. Crear una novela, desde estas instancias, no solo ayuda a enriquecer las facultades intelectuales; además, corrobora, en la formación ética y profesional del docente, para concientizar a la comunidad y el imaginario por los devastadores peligros que generan las drogas en la frágil pubescencia.

### 1.1 PHARMACON, LITERATURA E IMAGINARIOS

En el texto de Héctor Rodríguez Rosales *Ciencias Humanas y Etnoliteratura, Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*, el autor efectúa un acercamiento genealógico a la reivindicación de lo imaginario y simbólico como desencanto e irrupción a los diferentes paradigmas de conocimiento e investigación establecidos por las Ciencias Sociales del siglo XX. La imaginación y las formas simbólicas trastocan el discurso positivista e incitan al pensamiento por senderos posibles; autores como Gilbert Durand, Ernst Cassirer, Cornelius Castoriadis, dice el autor, “determinaron el surgimiento de una nueva concepción teórico-política de las Ciencias Humanas, de aquello que Gilbert Durand denomina como el *Nuevo Espiritu Antropológico*”.<sup>1</sup>

En este sentido, el estudio de otras formas de pensamiento, de simbolismos e imaginarios, fisura, transgrede, los modelos e ideologías que instauran e institucionalizan el lugar de lo literario, al tomar en cuenta que el simbolismo y los imaginarios sociales, en su instancia y función creadora, trastocan un ordenamiento social determinado.

Desde este flujo de emancipación y creación se pretende desarrollar este trabajo de investigación, puesto que se estima que la creación subvierte y provoca a lo constituido, a través de actos y prácticas de imaginación: según Rodríguez, “la propiedad fundamental del

---

<sup>1</sup> Héctor Rodríguez Rosales. *Ciencias humanas y etnoliteratura, Introducción a los imaginarios sociales*. San Juan de Pasto: Unariño, 2001, p. 20.

ser humano es la imaginación libre y desfuncionalizada, es «creación». Y la existencia de la creación presupone un «imaginario radical» en la sociedad que transforma lo ya creado, lo ya dado, lo ya instituido.”<sup>2</sup>

Algunos de los actos de creación que trascienden como ruptura hacia el vector de dominación son las prácticas literarias, que se han gestado a través, por medio, en conjunto o en acercamiento a los llamados psicotrópicos, drogas, enteógenos, plantas sagradas, en literaturas en las que se manifiesta lo imaginado, vivido, soñado, en el espacio metafórico, irreal, mágico.

La metáfora ha sido la contraparte de los discursos logocéntricos, positivistas, racionalistas, al llevarla a un menoscabo de mentira, irrealidad y falsedad; Gaston Bachelard lo enuncia, en *El agua y los sueños*, al referirse al estudio sobre la imaginación y la materia, cuando señala que el estudio de la imaginación y la metáfora se puede efectuar, al limitarla a imaginación material *injerada* por la impronta que la cultura ha impuesto sobre la naturaleza, pero, también, el autor establece un aliciente: “A nuestros ojos, la humanidad imaginante es un más allá de la naturaleza naturante”.<sup>3</sup>

De este modo, la literatura influida por psicotrópicos se transmutará en ese espacio imaginario, envolvente, de manifestaciones, significaciones y formas de conciencia, que expresasen lo imaginado, lo irreal, lo mágico, el ensueño, como complemento de lo real o, aún mucho más: que permitieran abrir o experimentar otras posibilidades de la realidad.

Octavio Paz, en su texto *Corriente alterna*, en el capítulo titulado: Conocimiento, drogas, inspiración, señala: “La poesía moderna es un conocimiento experimental del sujeto mismo que conoce. Ver con los oídos, sentir con el pensamiento, combinar y usar hasta el límite nuestros poderes, para conocer un poco más de nosotros mismos y descubrir realidades incógnitas.”<sup>4</sup>

Esta cita puede transigir con lo que Héctor Rodríguez define como “producción de espacios imaginarios”, cuando señala que en esta producción se manifiestan diversas vías y posibilidades: unas, parten de la realidad para recrearla, no para objetivarla, ni conceptualizarla, como lo haría el pensamiento científico, sino para construir en el ámbito de lo imaginario una forma de «ver» la realidad, una concepción del mundo, una cosmovisión; en este caso, lo imaginario no sustituye a la materia sensible de la imagen, sino tiene su referente real, «la imagen concreta». En otros casos, lo imaginario sustituye a lo real; pierde sus referentes perceptivos sensibles al separarlos a un espacio de

---

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 21.

<sup>3</sup> Gaston Bachelard. *El agua y los sueños*. México: Fondo de cultura económica, 2003, p. 21.

<sup>4</sup> Octavio Paz. *Corriente alterna*. México: Siglo XXI, 1984, p. 79.

pensamiento diferente; es decir, se evade, en definitiva, la realidad para construir *paraísos artificiales* a partir de la *ficción*.<sup>5</sup>

El poeta francés Charles Baudelaire inmortalizó a esos *Paraísos artificiales* con el homónimo de su obra, para describir los efectos del haschisch y el opio en el poeta, cuando declara: “la singularidad de este estado del espíritu de los sentidos, que sin exageración puedo llamar paradisiaco en comparación con la existencia corriente y cotidiana, consiste en que no se debe a ninguna causa fácil de definir.”<sup>6</sup>

Ahora bien, ¿cómo se pueden llevar las capacidades al límite para conocer otras realidades, que permitiesen la creación poética o literaria? Desde la antigüedad, la filosofía se ha esforzado por la diferenciación entre realidad y apariencia: ¿qué es la realidad?, ¿existen otras realidades? Y, si existen, ¿se pueden conocer?

Según Platón, la realidad se constituía en el mundo de las ideas, mundo inteligible, por entidades absolutas, inmutables; en este sentido, se creía que el poeta, o el artista, era un poseído que, con su mentira y delirio, se alejaba de la realidad originaria; en cambio, Aristóteles, con su concepción hilemórfica, pensaba que la acción poética era simple imitación de la naturaleza.

Siglos después, la filosofía kantiana, con su giro copernicano, ha sido de las filosofías que intentan descubrir hasta dónde llegan los límites del conocimiento; anterior a ello, Descartes había iniciado una transformación radical con respecto a la realidad exterior.

Las filosofías contemporáneas reconocen gran ponderación a los conceptos de real, realidad, aparición, virtualidad, simulacro. Desde esta perspectiva, se evidencia cómo, en la Historia de la filosofía y las Letras, se ha acentuado en el conocimiento por lo real, la apariencia y la ficción, lo que lleva a pensar: ¿acaso la literatura y la creación literaria no son construcciones o formas de realidad? Y, más aún: ¿dónde quedan aquellas creaciones que se han gestado a causa de alguna alucinación del sujeto que la experimenta?

Según Zizek,<sup>7</sup> en su obra *Bienvenidos al desierto de lo real*, cuando retoma lo considerado por Alain Badiou acerca de lo real como característica principal del siglo XX, en contraste con el siglo XIX, siglo de proyectos e ideales utópicos, Zizek, transigente con Badiou, sostiene que la peculiaridad principal del siglo XX es la pasión por lo real:

El siglo XX se ha atrevido a enfrentarse a la cosa en sí, a realizar directamente el añorado Nuevo Orden. El momento verdadero y definitorio del siglo es la experiencia directa de lo Real

---

<sup>5</sup> Rodríguez, *Op. cit.*, p. 90.

<sup>6</sup> Charles Baudelaire. *Los paraísos artificiales*. Madrid: Edimat, 2009, p. 53.

<sup>7</sup> Slavoj Zizek. *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal, 2005, p. 11.

como algo opuesto a la realidad social cotidiana, lo real en su extrema violencia como precio que hay que pagar por pelar las decepcionantes capas de la realidad.<sup>8</sup>

¿Acaso estas obras, que se han creado desde instancias de alucinación, de otras formas de ser y de estar, de otros estados de conciencia, no se crearon con la finalidad de “pelar” las decepcionantes capas de la realidad, para generar algunas de sus formas alternas o, tal vez, para establecer un encuentro con lo verdaderamente real?

Recuérdese que en el episodio antecedente a la cita, que corresponde a julio de 1953, cuando Bertolt Brecht recorría las calles de Berlín: “Cuando Brecht, camino del teatro, en julio de 1953, pasó junto a la columna de tanques soviéticos que se dirigían a la Stalinalle, para aplastar la rebelión de los trabajadores, les aplaudió, y ese mismo día, más tarde, escribió en su diario que, en aquel momento, él (que nunca había sido miembro del partido) había sentido la tentación por primera vez en su vida de afiliarse al Partido Comunista”<sup>9</sup>, como lo menciona Zizek, no se trata de que el dramaturgo admitiese las atrocidades de la contienda para justificar la esperanza de un futuro próspero, sino resulta que: “la dureza de la violencia como tal era vista y aceptada como una señal de autenticidad”.<sup>10</sup>

En sí, la escritura, la literatura, la poesía, el arte, el teatro, son prácticas que permiten transgredir, fisurar, quebrantar *la pesada cotidianidad*. La escritura, como juego literario, que permite profanar lo que se presenta como auténtico y consagrado y, más aún, la escritura que se ha originado mediante el uso de algún *pharmakon*, droga o psicotrópico, rompe con lo establecido para crear nuevas formas de posibilidad literarias.

Al retomar la cita de Octavio Paz, podría preguntarse: ¿hasta dónde estas sustancias *pueden combinar y utilizar hasta el límite los poderes del creador, del artista?*

La droga, al igual como se consideraba a la escritura en los tiempos platónicos, es ese *pharmakon*, que lleva consigo nocividad y salud, puede llevar a la destrucción del ser o a irrumpir en lo real como flujo de creación, al intensificar las sensaciones para rasgar el cerco de la realidad:

La droga arranca al paciente de la realidad cotidiana, enmaraña nuestra percepción, altera las sensaciones y, en fin, pone en entredicho el universo. Esta ruptura con el exterior sólo es una fase preliminar; con la misma implacable suavidad, la droga nos introduce en el interior de otra realidad: el mundo no ha cambiado, pero ahora lo vemos regido por una armonía secreta.<sup>11</sup>

El mismo Octavio Paz considera a la droga como la metamorfosis que los escritores le dieron a la Musa, o a entidades trascendentes, en otro tiempo:

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> Paz, *Op. cit.*, p. 82.

Pero Homero, Virgilio o Dante aseguran de una revelación que viene del exterior: un dios o un demonio habla por su boca. Hasta Góngora finge creer en este poder sobrenatural: “cuántos me dictó versos, dulce Musa...” El poeta moderno declara que habla en nombre propio: sus visiones las saca de sí mismo. No deja de ser turbador que la desaparición de las potencias divinas coincida con la aparición de las drogas como donadoras de la visión poética.<sup>12</sup>

El *pharmakon*, droga o alucinógeno, se transforma en esa palabra de otro, en las sirenas que, según Blanchot,<sup>13</sup> como potencias irreales, llevaron a Ulises por la navegación desventurada o virtuosa, en la iniciación del relato:

De las sirenas vencidas por el poder de la técnica, que siempre pretenderá jugar sin peligro con las potencias irreales (inspiradas), de estas sirenas, sin embargo, Ulises no pudo librarse. Lo atrajeron hacia donde él no quería caer y, escondidas en el seno de la Odisea convertida en su tumba, lo comprometieron, a él y a muchos más, en esa navegación venturosa, o desventurada, que es el relato, el canto ya no inmediato, sino narrado, y que, por eso mismo, se vuelve aparentemente inofensivo, oda transformada en episodio.<sup>14</sup>

Esta travesía por regiones insondables, emprendidas por el toxicómano, es similar a la que efectúa el místico o la de aquel que lleva una vida contemplativa, busca en los senderos espirituales y la visión divina de la vida. El deseo de la droga, dice Baudelaire, “es una evidente manifestación de nuestro amor por el infinito”.<sup>15</sup> De la misma forma, Octavio Paz permite notar cómo estas actividades corresponden a la pérdida de Dios en el mundo moderno:

El uso de las drogas delata que el hombre no es un ser natural; al lado de la sed, el hambre, el sueño y el placer sexual, padece nostalgia de infinito. Lo sobrenatural —para emplear una expresión fácil, aunque inexacta— forma parte de su naturaleza. Todo lo que hace, sin excluir los actos más simples y materiales, está teñido de aspiración hacia lo absoluto.<sup>16</sup>

Thomas de Quincey, en *Las confesiones de un opiófago inglés*, se reveló como uno de los principales escritores en suscitar la escritura a partir del consumo de opio y señaló que lo que había iniciado como un anestésico, para calmar el dolor, se transformó en uno de los detonantes y motivos para crear cierto interés en las capacidades intelectuales, con lo que aflora así, una vez más, el carácter farmacológico de la droga, con un acento en el efecto que la droga produce en la subjetividad: “si un hombre ‘que habla de bueyes’ se convirtiera en un comedor de opio, es probable que soñara también con bueyes”.<sup>17</sup>

Baudelaire es indulgente, en su obra: *Un comedor de opio, los fantasmas de Thomas de Quincey*, al señalar el tema en torno al que gira el texto, cuando los obreros de Inglaterra se

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 81.

<sup>13</sup> Maurice Blanchot. *El libro que vendrá*. Caracas: Monte Ávila, 1959, p. 11.

<sup>14</sup> *Ibíd.*

<sup>15</sup> Charles Baudelaire. *Los paraísos artificiales*, citado en Paz, *Op. cit.*, p. 82.

<sup>16</sup> Paz, *Op. cit.*, p. 83.

<sup>17</sup> Thomas de Quincey. *Confesiones de un opiófago inglés*. Vilaur: Atalanta, 2007, p. 16.

entregaban a los placeres del opio: “si naturalezas groseras y abotargadas por un trabajo diario y sin encanto pueden encontrar en el opio interminables consuelos, ¿cuál será el efecto sobre un espíritu sutil y letrado, sobre una imaginación ardiente y cultivada?”<sup>18</sup> Las respuestas son las numerosas obras y, entre las principales, la ya mencionada de Thomas de Quincey: *Las confesiones de un opiófago inglés*.

Recuérdese que, por sugerencia de un amigo, De Quincey había empezado a consumir opio a causa de un violento dolor de cabeza, relacionado con el reumatismo; parecía, según cuenta, que había encontrado el secreto de la felicidad, sobre el que los filósofos habían discutido tanto, e indecibles placeres arrebataron su espíritu: “¡Qué mundos interiores! ¿Sería esta la panacea, el *pharmakon népenthes* de todos los dolores humanos?”<sup>19</sup>

El efecto farmacológico de la droga se manifiesta, en el texto de De Quincey, primero, al sublimar las propiedades del opio, en lo que el opiófago llamaría “las voluptuosidades del opio”, con lo que compensaba algunas de las calumnias que se le han dirigido a la droga: “el opio no es adormecedor, al menos en lo que respecta a la inteligencia: no embriaga; si el láudano, tomado en demasiada cantidad, puede embriagar, no es culpa del opio, sino de la esencia que contiene”.<sup>20</sup>

Tras las propiedades del opio y su superación en relación con los efectos del vino y las propiedades benévolas de la sustancia, se detenía el autor en los rasgos tóxicos de la droga, que denominó “las torturas del opio”. Una vez trascurrieron los años felices del consumo de la droga y el estudio, había llegado “una Ilíada de calamidades, ha llegado a las torturas del opio”,<sup>21</sup> el espacio lúgubre, la dilatada nube de tinieblas, devorada por intervalos de ricas y hostigantes visiones; el autor advierte que la narración de sus visiones no concatenaría en un orden cronológico, debido a los inclementes y pesantes recuerdos consecuentes de la droga.

Otra de las grandes figuras de las letras, que tuvo una cercanía con los fármacos, que se ha venido citando, es el poeta francés Charles Baudelaire, que había hallado algo de fascinación en el libro de De Quincey, que lo intrigó por el hecho respecto a cómo una persona de espíritu ilustrado era capaz de confesar su adicción a la droga en medio de una sociedad moralista, como la inglesa; esto y el aspecto sombrío y algo demoníaco de la escritura de Edgar Allan Poe —escritor que consumía bebida alcohólica y ocasional de opio— serán el detonante, para que el poeta francés esbozara el esquema definitivo para la creación de *Los paraísos artificiales*, obra en la que adelanta una profunda meditación en torno al sufrimiento y al poder de la voluntad y deja a un lado lo que tiene de burdo en los

---

<sup>18</sup> Charles Baudelaire. *Un comedor de opio, Los fantasmas de Thomas de Quincey*. Barcelona: Tusquets, 1980, p. 11.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 32.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 44.



efectos del vino, al declarar que esta bebida se reserva para los seres sociales entregados a los trabajos forzados y como único aliciente se inclinan a los efectos del alcohol; en cambio, el opio y el hachís se reservaban para el artista, “porque elevan su imaginación a la máxima potencia y le ayudan a soportar los agudos dolores que produce la creación estética”<sup>22</sup>.

A este vaivén de senderos insondables se suman los diversos autores que hicieron de los enteógenos su fuente de inspiración para la creación de textos literarios, en los que los imaginarios forman parte de intercambios simbólicos para la construcción de sentidos, que posibilitasen la multiplicidad de interpretaciones, que subyacen como condiciones emergentes de los discursos: “los textos literarios construyen múltiples formas artísticas a la existencia; en ellas se integran las formas de pensar, del sentir, de vivir individualmente y de interactuar socialmente. El orden discursivo literario, en su construcción imaginaria y simbólica, establece relaciones entre la realidad exterior y la experiencia interior, subjetiva.”<sup>23</sup>

Muchos son los casos de textos literarios que se gestaron a causa de psicotrópicos, para luego determinarse como un constructo en la cultura, entendida como: “la construcción de sentidos de vida mediante tejidos de imágenes y símbolos que envuelven la diversidad de prácticas sociales y le dan identidad a la vida social de los pueblos en su devenir histórico.”<sup>24</sup>

Uno de ellos es *El teatro y su doble*, del escritor francés Antonin Artaud, que, gestado en tierra tarahumara, afloró por la ingesta del peyote, en lo que el autor designa como *la danza del ciguri*, en la que se manifiestan multiplicidad de fuerzas, para darle paso a la escena de la crueldad, a lo que más tarde se denominará *el teatro de la crueldad*.

En este transitar se apuntan el poeta y pintor Henry Michaux, quien manifestaría que *Misérable Miracle* es una exploración a la mezcalina mediante la palabra, el signo, el dibujo; Allan Ginsberg, defensor de la libertad y la autenticidad y cultivador de una poesía directa y sincera; William Burroughs, con su *Almuerzo desnudo*; José Martí, consumidor de cocaína y hachís, bebedor de vino y adicto al café; Horacio Quiroga que, al ir en sentido contrario a Baudelaire, señala que la cocaína lleva al consumidor al infierno, trasciende los límites de la vida y lleva al adicto a ser el ser más infortunado que ha existido;<sup>25</sup> Walter Benjamín, con sus poemas, cuentos y escritos sobre el hachís; además, el escritor que, al contar con la guía de un brujo yaquí, se desplaza por la magia y los alucinógenos hasta una *realidad no ordinaria*, el autor de *Las enseñanzas de don Juan*, Carlos Castaneda.

---

<sup>22</sup> Baudelaire, *Los paraísos artificiales*, p. 11.

<sup>23</sup> Rodríguez, *Op. cit.*, p. 102.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 51.

<sup>25</sup> Marta Herrero Gil. Literatura drogada en español (7). Horacio Quiroga. Recuperado de: [https://cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/anteriores/diciembre\\_13/18122013\\_01.htm](https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/diciembre_13/18122013_01.htm)

Estas son algunas de las principales obras que, en sus devenires, se han situado como nuevas posibilidades de lo imaginario hacia las prácticas literarias, sin dejar atrás a algunos de los textos que conforman parte de la sabiduría que de las plantas sagradas se debe tener. La riqueza múltiple y sapiente etnobotánica que muchos profesores y antropólogos han ayudado a mantener; algunos de ellos, como Richard Evans Schultes y Robert Raffauf, en sus exploraciones ayudan a esclarecer la importancia de estas plantas respecto a los imaginarios, puesto que sus usos y sus rituales generan una forma de pensamiento, conocimiento, educación que permite un regir de la existencia.

En su texto *El bejuco del alma*, Evans y Raffauf esclarecen la importancia que tiene esta planta en la cultura indígena; el “bejuco de la visión”, el “bejuco del discernimiento”, el “bejuco de la sabiduría” o el “bejuco de la iluminación” son algunos de los nombres que se le otorgan a esta planta sagrada, que permite experiencias imaginarias, simbólicas, con el más allá, mediante “alucinaciones visuales y auditivas con el mundo sobrenatural, los espíritus, los ancestros, las plantas, los animales y los seres mitológicos de esta vasta región”.<sup>26</sup>

De la misma forma que existen plantas que sanan, alivian, alimentan, también existen plantas sagradas que tornan la vida más llevadera; es decir, le dan sentido a la existencia; cabe decir que todo esto no se posibilitaría sin la ayuda de un chamán, médico tradicional o payé, como lo denominan en la mayor parte de Amazonas, ya que el término chamán es de origen asiático. Esta relación entre planta y payé va a constituir la forma de vida, el imaginario, el existenciario. Ya que mediante el “bejuco del alma” el payé trata o diagnostica las enfermedades, augura y lleva a cabo sus numerosas obligaciones,

se cree que el payé puede regular el nacimiento y la muerte; la escogencia del sitio, la arquitectura, y la construcción de las malocas; la caza y la pesca; el tiempo; la navegación por los ríos y el viaje a través de las selvas; la consagración de alimentos; la agricultura, especialmente el cultivo de la coca, el tabaco y las plantas medicinales alucinógenas, la educación de los niños y muchas otras responsabilidades.<sup>27</sup>

Otro de los textos, en que los psicotrópicos han influido para su creación, es *El río*, libro en el que Wade Davis sigue los pasos de su maestro Evans Schultes con el propósito de investigar los secretos botánicos y mágicos de la coca, al estudiar la sabiduría de comunidades indígenas de sur América, en particular de Colombia.

En uno de los capítulos, denominado Las montañas del hermano mayor, Davis relata el encuentro con la coca o hayo, que es como la llaman los kogis y los ikas, comunidades indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta. En este acercamiento, Davis encamina hacia

---

<sup>26</sup> Richard Evans Schultes y Robert Raffauf. *El bejuco del alma*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2004, p. 13.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 16.

la historia, la mitología y las prácticas de esta hermandad, porque así se describen entre ellos: “los Ikas y los Kogis están muy relacionados, hay muchos rasgos similares, se describen a sí mismos como hermanos, descendientes de los Taironas. Ambas tribus se dicen hermanos mayores, porque son los encargados de la protección de la tierra”.<sup>28</sup>

Según el texto, los ikas están más dispuestos a tratar con los hermanos menores: “nosotros, los que nos estamos tirando todo”.<sup>29</sup> Estas comunidades se dicen hermanos mayores, pues creen que sus plegarias mantienen el equilibrio de la vida y que los “hermanos menores”, al excavar la tierra, desgarran el corazón de “Mama Grande”.

Con el uso de la coca, los hermanos mayores se inician en la labor más pura de sus vidas, cuyo resultado constituye un eje de tensión, sobre el que gira la mayor parte de su imaginario social; se parece al matrimonio, ya que su iniciación simbólica, en la edad adulta, no ocurre sino hasta cuando los hubieran iniciado y estuvieran listos para casarse, ya que solo entonces se les permite probar las agrídulces hojas de coca.

A esta lista de infinidad, se pueden apuntar los literatos que hicieron de las *drogas institucionales* su *pharmakon*, como es el caso del alcoholismo de Edgar Allan Poe, quien murió a la edad de cuarenta años, luego de encontrarse completamente ebrio en una taberna, rodeado de bebedores, con unas ropas raídas, que evidentemente no le pertenecían; del mismo modo, Truman Capote, el autor de *A sangre fría*, quien decía de sí mismo: “Soy alcohólico. Soy drogadicto. Soy homosexual. Soy un genio”,<sup>30</sup> Dostoievski, a quien le encantaba el vodka; Oscar Wilde, Ernest Hemingway bebían absenta, bebida de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que afirmaba la conversación e inspiración; Charles Bukowski, Jack Kerouac, Raymond Chandler, William Faulkner, son otros ebrios célebres y excelentes escritores.

Alejandro Dumas gastó su fortuna en alcohol; el autor del *Ulises*, James Joyce, era adicto al whisky; Samuel Beckett, que dicen fue su secretario, heredó su gusto; Raymond Carver, Jack London, F. S. Fitzgerald eran también alcohólicos; Malcolm Lowry describió las penurias y desgracias del alcohol en *Bajo el volcán*, como también los latinoamericanos Juan Rulfo, el peruano Alfredo Bryce Echenique, el uruguayo Juan Carlos Onetti, quien continuamente frecuentaba las tertulias y los cabarés de Mar del Plata.

Entre las mujeres, se encuentra a la célebre escritora francesa Marguerite Duras, autora de novelas como *El amante*, *Hiroshima*, *mon amour*, y unos cuantos títulos más; Anne Sexton, escritora norteamericana, caracterizada por la escritura de poesía confesional; Shirley Jackson, cuentista y novelista especializada en el género de terror; Jane Bowles, según

---

<sup>28</sup> Wade Davis. *El río*. Bogotá: El áncora, 2004, p. 32.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>30</sup> Biblioteca Central Rialeda. Tertulias Literarias. Recuperado de: [http://www.oleiros.org/c/document\\_library/get\\_file?p\\_l\\_id=57076&folderId=122559&name=DLFE-8752.pdf](http://www.oleiros.org/c/document_library/get_file?p_l_id=57076&folderId=122559&name=DLFE-8752.pdf)

algunos, “una de las voces más potentes de las letras norteamericanas durante el siglo XX”,<sup>31</sup> la poetisa Elizabeth Bishop, las cuentistas y novelistas Jean Rhys, Patricia Highsmith, Carson McCullers; la cuentista, dramaturga, humorista, guionista y poetisa Dorothy Parker y la cuentista y novelista Jean Stafford.

## 1.2 NOVELA, ESCRITURA Y FORMACIÓN

La novela, la escritura y la formación conforman un trinomio en el que emergen pluralidad de sentidos y posibilidades en el momento de un ejercicio literario. En el acontecimiento novelístico, se gesta la dialéctica entre escritura, novela y formación a partir de elementos lingüísticos, estilísticos, vocales, que desencadenan una estética de la escritura.

Bajtín, consecuente con el ejercicio artístico armonioso que demanda la novela, señala: “el investigador se encuentra en ella con unidades estilísticas heterogéneas, que algunas veces se hallan situadas en diferentes planos lingüísticos, y que están sometidas a diferentes formas estilísticas”,<sup>32</sup> en las estilísticas consideradas por el autor se encuentra el lenguaje extra-artístico, conformado por “razonamientos morales, filosóficos, científicos, declamaciones retóricas, descripciones etnográficas, informes oficiales, etc.”<sup>33</sup>

Si bien el ejercicio novelístico que se pretende crear no corresponde a tratados filosóficos, científicos o asuntos oficiales, se pretende, en lo posible, acudir a las categorías “morales” para ejercer un hecho de escritura/creación/formación, al tomar en cuenta a la escritura de la novela como acontecer de la formación humana.

Michel Foucault, en *La hermenéutica del sujeto*, señala a este fenómeno con el concepto de *épiméleia*, o el cuidado de uno mismo. Si se lleva este concepto al acontecer literario, se vislumbran implicaciones de atención en relación con uno mismo, con el mundo y los otros. Este concepto se consideraría trascendental en los procesos de escritura para la formación docente, al estimar que la *épiméleia* es un ejercicio de reconocimiento, enfrentamiento, comportamiento y purificación respecto a lo que rodea al individuo; así, en el momento en que se gesta el acto de creación literaria, se exponen de manera rigurosa las capacidades intelectuales y físicas que implican este hecho en interacción con el mundo.

Entre la multiplicidad de estilos de la novela, también se encuentra la heterogeneidad de géneros. A partir de *Estética de la creación verbal*, se evidencia una identificación de *Podreunder* con la novela de vagabundeo y, a la vez, de educación: de vagabundeo, en tanto los protagonistas, en este caso Chucho, Poncho, Franco, Iris, Dally, trascienden en la

---

<sup>31</sup> Oscar Guisoni. Jane Bowles y la parábola de las chicas malditas. Recuperado de: <https://www.revistaarcadia.com/libros/articulo/jane-bowles-parabola-chicas-malditas/22069>

<sup>32</sup> Mijaíl Bajtín. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989, p. 80.

<sup>33</sup> *Ibíd.*

continuidad de experiencias noctámbulas de ciudad, de lugares, de tiempos, de espacios, de grupos sociales.

La marginada vida que los personajes representan (sobre todo, Chucho, Poncho y Franco) lleva a un continuo transmigrar de aventurerismo de ciudad. Los movimientos que se ejercen en los espacios urbanos y rurales de la novela se dinamizan en aventuras, recorridos, caminatas, búsquedas, que se dilatan en un escenario propicio para la alternancia de diferentes situaciones de la cotidianidad. Aspectos señalados por Bajtín, como contigüidad espacial de diferencias y contrastes, se manifiestan a través de las vivencias de los personajes; buena o mala suerte, felicidad o desdicha, triunfos o derrotas, llevan a la novela más que a una clasificación de errabundo, a una posibilidad de escritura, de experiencia de lo cotidiano hacia formas de escritura estética.

Peio H. Riaño, en Cortázar enseña a escribir una novela, señala cómo el escritor argentino consideraba al acto de creación de una novela como un hecho de experiencia; a pesar de que Cortázar eludía la escritura biográfica de su obra, admite que algunas caracterizaciones de los personajes sobrevienen de experiencias vividas: “No ve por qué tendría que rechazarlos. Se incorporan a lo que estoy inventando y tengo la impresión de que lo inventado y lo no inventado finalmente forman parte de la ficción total del relato”.<sup>34</sup>

Esta característica, como muchos otros elementos, a la hora de la creación de la novela, emerge en el acto de creación. De otro modo, en cuanto a lo vislumbrado como novela de educación, se puede notar que, en *Podreunder*, se identifican caracteres de hechos de formación; Chucho, el compañero de aventuras de Poncho, se clarifica como el discípulo del viejo teatrero en una no convencional relación de aprendiz/profesor. El estudiante, al no poder ingresar en la Educación Superior formal, emprende la búsqueda aventurerista de las artes dramáticas y literarias, al seguir a Poncho.

Si bien Bajtín, basado en el postulado histórico-literario de la novela, clasifica a este género de educación por la imagen del hombre en desarrollo de la novela,<sup>35</sup> se puede notar cómo, en *Podreunder*, se identifica a Chucho como el personaje que encarna la idea pedagógica acerca de la formación de una persona. En este sentido, a partir de la experiencia, de los imaginarios, de lo vivido, se crean construcciones de sentidos, nuevas formas de pensamiento y de posibilidades literarias que irrumpieran como instrumentos de resistencia ante lo constituido.

De la interacción entre escritura y formación emerge la creación de una novela en la que se manifestasen prácticas artísticas y literarias como procesos de subjetivación hacia lo

---

<sup>34</sup> Peio H. Riaño. Cortázar enseña a escribir la ‘novela 10’. Recuperado de: [https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-10-08/cortazar-ensena-a-escribir-la-novela-10\\_38483/](https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-10-08/cortazar-ensena-a-escribir-la-novela-10_38483/)

<sup>35</sup> Mijaíl Bajtín. *Estética de la creación verbal*. [10ª ed. México: Siglo XXI, 1999]. Recuperado de: <https://circulosemiotico.files.wordpress.com/2012/10/estetica-de-la-creacion-verbal.pdf>

formalmente constituido en la educación. Así, cada uno de los personajes de la novela encarna lo simbólico de la resistencia, para subvertir lo establecido por los diferentes dispositivos de condicionamiento, al entender dispositivo con la definición que Giorgio Agamben incluye en su texto *¿Qué es un dispositivo?*: “llamaré dispositivo literalmente a cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes”.<sup>36</sup>

Entre estos dispositivos, se puede señalar a la educación como una de las instancias que tratan de modelar, controlar, domar las aptitudes artísticas de los aprendices, a través de interminables horas de trabajo académico, extensos monólogos verbales por parte de los docentes, lo que acrecienta la incompetencia, ante una realidad que insta a una disposición de gran tensión creadora, de poderoso despliegue de la imaginación.

De esta manera, los personajes determinan hendiduras de posibilidad a través de expresiones artísticas, como el teatro, la poesía, las artes, la creación literaria, para fisurar el tejido hegemónico que se ha constituido como imaginario educativo. Para esto, Poncho Cabezas se rodea de jovencitos “problema”, que no han podido ingresar en la educación formal y que denotan en este personaje un aliciente *fili-paidos*<sup>37</sup> para su formación como artistas, poetas o literatos, respecto a lo que puede llamarse *pesada cotidianidad*.

En la escritura, la literatura, las artes, cada uno de los personajes posibilita encuentros, desencuentros, contingencias de vida relacionadas con el vector de dominación. A través del acto de creación, se establecen actos de resistencia contra las sociedades de control, contra la docente tirana reguladora del orden, contra el servicio militar obligatorio, contra instancias últimas, como la enfermedad y la guerra.

En este sentido, la creación literaria, la escritura, se muestran pertinentes en la realización de una novela como ayuda en los procesos de formación docente; la escritura como aliciente, como fuerza antagónica contra la hegemonía; es decir, una escritura como práctica contra-hegemónica, que permitiera sentidos de emancipación, de vida, de curación; quizá de lo que Deleuze denomina, en *Crítica y clínica*, literatura como salud: “igualmente, el escritor como tal no está enfermo, sino que más bien es médico, médico de sí mismo y del mundo. El mundo es el conjunto de síntomas con los que la enfermedad se confunde con el hombre. La literatura se presenta entonces como una iniciativa de salud”.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> Giorgio Agamben. *Qué es un dispositivo*. Recuperado de: <http://ayp.unia.es/r08/IMG/pdf/agamben-dispositivo.pdf>

<sup>37</sup> Término utilizado por Poncho para romper con la relación saber-poder manifiesta en la educación institucionalizada; él lo define como amigo-estudiante.

<sup>38</sup> Gilles Deleuze. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 1996, p. 9.

Deleuze asemeja la medicina de la literatura a la invención de pueblos, de mundos, de sentidos; aquellos pueblos menores que, en esta novela, se manifiestan como los marginados; los olvidados, los excluidos, por una sociedad de extremo capitalismo, cuyo único sentido es la compra y venta, el alza o la disminución del dólar, la provincia donde el teatrero, el poeta, el artista se asemejan al loco, al vagabundo, al drogadicto, al parásito improductivo, que levanta la voz de resistencia a través del escritor.

La escritura, como proceso de creación, se desata como innumerables juegos entre literatura/escritura, que denota confluencias entre juego/infancia/trasgresión, en lo que Georges Bataille viera como la infancia recuperada: “La literatura, como he intentado demostrar lentamente, es la infancia por fin recuperada.”<sup>39</sup> Las dinámicas de la escritura se presentan como actos de transgresión respecto a lo impuesto; sus imaginarios simbólicos subrayan una multiplicidad de devenires.

En la realización de los procesos literarios, el aprendiz experimenta la fragmentación identitaria, puesto que, en las prácticas artísticas, poéticas, literarias, se percibe pluralidad de sentidos; sus devenires son vastos: se deviene animal, piedra, niño, anciano, mujer, docente. Todo esto, como lo diría Sartre, en *¿Qué es la literatura?*, “como necesidad de sentirnos esenciales en relación con el mundo.”<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> Georges Bataille. *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus, 1977, p. 20.

<sup>40</sup> Jean-Paul Sartre. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada, 1967, p. 66.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. Qué es un dispositivo. Recuperado de: <http://ayp.unia.es/r08/IMG/pdf/agamben-dispositivo.pdf>
- Artaud, Antonin. *El teatro y su doble*. Barcelona: Edhasa, 1999.
- \_\_\_\_\_. *México y viaje al país de los Tarahumaras*. México: Fondo de cultura económica, 1998.
- Bachelard, Gaston. *El agua y los sueños*. México: Fondo de cultura económica, 2003.
- Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- \_\_\_\_\_. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1999.
- Bataille, Georges. *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus, 1977.
- Baudelaire, Charles. *Los paraísos artificiales*. Madrid: Edimat, 2005.
- \_\_\_\_\_. *Un comedor de opio, Los fantasmas de Thomas de Quincey*. Barcelona: Tusquets, 1980.
- Benjamin, Walter. *Haschisch*. Madrid: Taurus, 1995.
- Biblioteca Central Rialeda. Tertulias Literarias. Recuperado de: [http://www.oleiros.org/c/document\\_library/get\\_file?p\\_l\\_id=57076&folderId=122559&name=DLFE-8752.pdf](http://www.oleiros.org/c/document_library/get_file?p_l_id=57076&folderId=122559&name=DLFE-8752.pdf)
- Blanchot, Maurice. *El libro que vendrá*. Caracas: Monte Ávila, 1959.
- Davis, Wade. *El río*. Bogotá: El áncora, 2004.
- Deleuze, Gilles. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- Derrida, Jacques. Las retóricas de la droga. Recuperado de: [https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/droga\\_retoricas.htm](https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/droga_retoricas.htm).
- De Quincey, Thomas. *Confesiones de un opiófago inglés*. Vilaur: Atalanta, 2007.
- Evans Schultes, Richard y Raffauf, Robert. *El bejuco del alma*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2004.



Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta, 1994.

Guisoni, Oscar. Jane Bowles y la parábola de las chicas malditas. Recuperado de: <https://www.revistaarcadia.com/libros/articulo/jane-bowles-parabola-chicas-malditas/22069>

Herrero Gil, Marta. Literatura drogada en español (7). Horacio Quiroga. Recuperado de: [https://cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/anteriores/diciembre\\_13/18122013\\_01.htm](https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/diciembre_13/18122013_01.htm)

Jiménez Portillo, Alex Dairo. *Al sur de la locura*. [Pasto: Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, 2013]. Recuperado de: [http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/biblioteca\\_virtual/viewer.aspx?&var=89804](http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/biblioteca_virtual/viewer.aspx?&var=89804)

Michaux, Henri. *Miserable milagro*. Caracas: Monte Ávila, 1971.

Nasif, Jalal. *El agujero*. [Pasto: Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, 2011]. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=84852>

Niño Arteaga, Yesid. *Fragmentos*. [Pasto: Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, 2011]. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=86015>

\_\_\_\_\_. *Rock perro de frontera*. [Pasto: Universidad de Nariño/Maestría en etnoliteratura, 2014]. Recuperado de: <http://sired.udenar.edu.co/2426/1/90124.pdf>

Paz, Octavio. *Corriente alterna*. México: Siglo XXI, 1984.

Riaño, Peio H. Cortázar enseña a escribir la ‘novela 10’. Recuperado de: [https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-10-08/cortazar-ensena-a-escribir-la-novela-10\\_38483/](https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-10-08/cortazar-ensena-a-escribir-la-novela-10_38483/)

Rivera Espinosa, Luz Stella. *Caricatura*. [Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira /Maestría en Literatura, 2016]. Recuperado de: <http://repositorio.utp.edu.co/dspace/bitstream/handle/11059/7222/80192R621.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Rodríguez Rosales, Héctor. *Ciencias humanas y etnoliteratura, Introducción a los imaginarios sociales*. San Juan de Pasto: Unariño, 2001.

Sartre, Jean-Paul. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada, 1967.

Zizek, Slavoj. *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal, 2005.

# **PODREUNDER**

# **PRIMERA PARTE**

# 1

La fosa enrejada despide fétidos y humeantes chorros de polvo acanelado; teñidos rostros ambarinos suscitan dolientes odas, decrepitos cantos, decrepitos rostros.

La desconfiguración del semblante suscita insondables cuarteaduras llenas de mugre y de años. Incendiarios años de lacral albergue despilfarran epifanías de lapsos pasados, decrepitos rostros, decrepitos cantos.



**Figura 1.** La fosa.

## 2

El escenario estaba completamente cubierto de telas oscuras como la garganta de una traga fuegos que, en vez de tragar, expulsara la ejecución de la labor de dragón ante las tediosas filas de autos un miércoles incendiado por los dorados justicieros del mediodía; de repente, a un hombre con un frac viejo, desteñido y hediondo lo seguía un fino aguijón de luz por todas las tablas, de atrás para delante, a un lado y a otro, hasta que, con voz enérgica, emite un estridente saludo:

—Buenas noches, damas y caballeros; bienvenidos una vez más y como de costumbre a una muestra teatral de nuestra localidad. Hoy tenemos el encanto de presentarles la obra “El corcho”, a cargo del grupo teatral “El grito” y su director Alfonso “El Poncho” Cabezas. “El corcho” es una representación teatral, en la que su director nos da a conocer un género dramático germinado desde su propio suelo, el género “podreunder”, que expresa los deseos más ocultos y escandalosos que surgen de lo más profundo de los corazoncitos de nuestros adolescentes y que nuestra santa y blanca palomita, la sociedad, impide que se manifiesten. —Esas fueron las palabras de apertura del presentador, antes de que iniciara la obra.

Para “El corcho”, como era habitual, habíamos tres actores: Franco, Poncho y yo. En la primera escena, salía Franco vestido de colegiala, sentado sensualmente sobre un viejo sofá marrón, mientras sujetaba en su mano un espejo rojo, en forma de paleta. Detrás del telón, Poncho hablaba con voces de mujer:

—Clara Luz, voy a salir para donde su abuelita; luego, pasaré por donde su tía y bajaré llevándole unas arepas de harina; cierre bien la puerta y ni se le ocurra estar llamando al desocupado de su novio; ya sabe que no me gusta que se queden solos en la casa. — Mientras tanto, Franco, mejor dicho, Clara Luz, hacía caras de satisfacción frente al público; ¡passss!, se oyó el cerrar de una puerta. Inmediatamente después, Clara Luz se baja del sillón y toma el teléfono:

—Aló, buenas tardes, ¿esta José Piter? —Una voz sale del telón:

—Un momento, por favor, —acompañada de algunas tosidas—: Perdón, ¿de parte de quién?

—De Clara Luz, señorita.

—Un momento; —ahora se dirige a alguien distinto—: señora Aurea, ¿está el joven José Piter?, —y Poncho cambia la voz, para asemejarla a la voz de una señora:

—Noooo, salió para donde Clara Luz. —Sin permitir que le dieran la noticia, Clara Luz cuelga el teléfono, le sube un poco al filo de su falda, se pone labial marrón y sale corriendo a la farmacia a comprar condones de tres por quinientos. En ese momento, Poncho cierra el telón e inicia la segunda escena, en la que entro al escenario vestido de colegial, mientras Clara Luz (Franquito, como ya se dijo) me espera sentada con la pierna entrecruzada y jugando con sus cabellos, se quita una cogedera de pelo, me entrelaza la muñeca y me dice:

—Mi madre no está; se fue para donde mi abuela y, por lo visto, se va a demorar; déjese querer un ratico. —Termina de decir ratico, ratico, ratico..., hace como si me tocara la entrepierna, por lo que algunos de entre el público se escandalizan y se oyen algunas voces que gritan:

—¡Maricas! —Entonces, el primero en levantarse fue el padre Pinedo, párroco de la ciudad, quien, poniéndose el sombrero, salió del auditorio; inmediatamente después se levantó el bibliotecario y ordenó que encendieran las luces; entre el público, al parecer solo dos o tres pelagatos querían que la obra continuara.

Luego, el bibliotecario, rojo como un rábano, le dijo a Poncho que era la última vez que se le permitía que se presentara en el Teatro Municipal, puesto que esa clase de obras no se escenificaban ni en la calle.

—¡Donde las putas la voy a presentar!, —gritaba Poncho, lleno de coraje, pero, sin otra opción, tomamos nuestro viejo vestuario, salimos a la calle enajenados de rabia, con Franco vestido de sensual colegiala; solo hasta la siguiente esquina nos dimos cuenta de la apariencia de nuestra actriz y soltamos las carcajadas:

—¡Píllate cómo has venido!; a ver, con esa boca rojita, dame un besito, —le decía Poncho y le hacía piquitos.

—Vamos para mi casa, a ver si de allá no nos sacan, —dijo el viejo.

Mientras Franco se iba cambiando en el camino, Poncho sacó un poco de una yerba azulada e hizo un cigarrillo; en tanto armaba el varillo, nos contó que una vez presentaron una obra, escrita por él mismo, titulada: “Las confesiones de un mariguanero”, y que, en ella, había una escena en la que el personaje principal, mientras hacía una pintura —porque era pintor el personaje, decía Poncho—, sacó un cigarro de marihuana y lo encendió frente al público, —lo que era como si manifestara y diera a entender que la droga tiene sus voces y que la intervención en la creatividad era una de ellas—, comentaba el viejo. En el instante en que el artista había dado la primera exhalada, el auditorio se llenó de humo, por lo que encendieron las luces y no los dejaron salir hasta que la policía había llegado al auditorio y

se los había llevado; los habían tenido dos días retenidos en el calabozo y, por más que ellos justificaban que eran universitarios y que lo que hacían era arte, con un bolillazo en la cabeza los habían sentado en sus puestos.

—Más tarde, —cuenta Poncho—, el calabozo se encontraba totalmente lleno de indigentes, ladrones, borrachos y hasta un honorable señor con cara de pastelito, al que lo habían llevado por haber levantado la mano a su mujer. Allí iniciaron amistad con los reclusos en potencia y hasta le ofrecieron “maduro”, una mezcla de marihuana y bazuco; esa era la primera vez que Poncho fumaba bazuco; al principio, las náuseas se aglomeraron en el interior de su estómago; después, estirado en un rincón de la celda, con las manos detrás la cabeza, una mujer se le había acercado con un radio viejo, su olor era fétido y se entremezclaba con el olor a bóxer y a mugre; en un momento dado había roto el silencio para preguntarle que por qué lo habían traído a esa celda; entonces, Poncho le había contado la historia, mientras en el radio se oía una canción de *The Doors*, *Light My Fire*.

—Hummm, esa canción, con esa canción me acuerdo de Andreina, el amor de mis infancias, —le había comentado la mujer. Andreina fue, para la mujer, la niña que la había invitado a recorrer otras sendas, a descubrir otras posibilidades; mientras la canción sonaba, la mujer le había contado un poco de su vida; al principio, Poncho no le había creído nada, pues ella le había dicho que había sido la hija de un político, que tenía chofer y todo; un día, mientras sonaba esa misma canción, en una sala grande y elegante, se había quedado solita...

—En el mismo instante en que mi madre salió con el chofer..., a no sé qué, creo que a comprar unos detalles para unos señores importantísimos que mi padre recibiría en la noche, tomé el teléfono y decidí hablarle a Andreina; me contestó la muchacha, que me dijo que Andreina había salido para la calle; en el instante que me dijo calle, resurgieron los pensamientos: ¿será que viene para acá?, ¿se acordará de mí? Colgué el teléfono, sin decir nada más y me recosté en el sillón aterciopelado de la sala.

Al pasar mi mano por uno de los cojines, empecé a recordar la primera vez que tuvimos un leve acercamiento. Nuestros primeros juegos, nuestras primeras caricias; al parecer, a las dos nos sudaba el cuerpo, nos sudaba tanto que nuestras manos parecían embalsamadas, y digo bálsamo, porque eso sentí cuando Andreina, en un juego sigiloso, pasó su dedo por el botoncillo dorado de mi pantalón; cuando le quité la mano, el botón parecía aceitado; luego, mientras repasaba la mano por el botoncillo, la nena metió su mano por mi espalda y, mientras lo hacía, sacó su pie de la baleta que calzaba y me rozó la pierna; cuando intenté quitar el pie, su mano en la espalda me había desatado el sostén; la posición en la que me encontraba facilitó que Andreina introdujera su otra mano por el cuello V de mi blusa, para sentir como con ella redondeó con suavidad la figura de mi pecho; hechos a la medida de su mano, mis pechos parecían dos panecillos calientes mientras ella los acariciaba, lo que



pareció gustarme, por lo que me incliné hacia el espaldar del sillón y cerré los ojos... ¡Tin, tannnnn!, Andreina llegó.

—Allí te dejo esa historia, para que la escribas en una obra de teatro, —le dijo la mujer.

Mientras Poncho nos relataba la historia, llegamos a una tienda, en la que compró dos cajas de vino, maní y cigarrillos; dos casas adelante se encontraba su casa, entramos y nos recibió la madre de Poncho, una viejecita de setenta años, que lo cuidaba como si fuera su bebé; el padre del viejo era una persona más severa, pues nunca había entendido por qué Poncho se había retirado del magisterio para dedicarse a enseñar y a escribir teatro, para representarlo junto a unos vagabundos como nosotros; entramos en la sala y Alfonzo puso, en su tocadiscos, su acetato favorito; tomamos vino al unísono con los gritos de Robert Plant y su *Whole Lotta Love*.

### 3

—¡Dale Lobas!, ¡dale Costa! —escuché desde la calle e inmediatamente me asomé a la ventana para ver qué sucedía; hice a un lado la cortina y allí estaban dos de los jovencitos de este barrio, al parecer un poco ebrios, descubierta la mitad de su cuerpo y cada uno armado de cuchillo, e intentaban alcanzarse el uno al otro; uno de ellos, que empuñaba en su mano el cuchillo, hacía movimientos circulares, como serpiente amenazada; eso parecía; además, porque de su boca escupía veneno, en forma de palabras; mejor dicho, palabrotas.

En ese momento, pensé en llamar a la policía y recordé rápidamente que, en este barrio, hay un CAI; así es como llaman aquí a un lugar pequeñito, donde se encuentran uno o dos policías aferrados a sus revólveres de dotación. Por el escándalo y por las luces encendidas, parecía que todo el barrio se había levantado, lo que incluía a mi abuelita que, con dos o tres tosidas, me dijo que me acostara, que no fuera chismoso, que de pronto se les escapaba y me pegaban un tiro.

—Pero, abuela, no tienen pistolas; se están peleando con cuchillos.

—De todos modos, guárdate; ¿qué tal que te vean y, después, te maten por novelero? —Cerré las cortinas, me recosté encima de las cobijas, mientras pensaba en lo que debía hacer al día siguiente; lo dije, pues eran como las dos y media de la madrugada.

Al pensar en el día por venir, recordé que tenía una cita con... ¿Cómo se llamaba? Hummm, creo que Dally, así es como se había nombrado, cuando me la presentó Franquito.

—¡Aquí te tengo a la mejor actriz del colegio!, —me había dicho. Ella me sonrió, me tendió la mano y dijo su nombre:

—Chucho, —le dije.

—¡Como Jesucristo!, —exclamó, sonriendo.

—Jesús, pero no el ungido, ni tampoco el mártir, —dijo Franquito.

Tuvimos una conversación muy cardinal; le pregunté que dónde vivía y cuánto tiempo llevaba en el teatro; dijo que por el centro y que desde chiquita. Le pedí el número telefónico y nos quedamos a ver ese día a las nueve y media de la mañana.

Con toda esta carga de pensamientos, debían ser como las tres; ya los gladiadores parecía que se habían calmado y el barrio estaba nuevamente oscuro y silencioso.

¡Hijueadres!, vinieron a quitarme el sueño. Ya entre las sábanas, me vino entrando el calorcito, mientras Hipnos me acogía bajo sus silenciosas alas.

Con el uniforme del colegio, Dally me esperaba bajo los pies de Santander, en el pedestal del monumento del parque; empecé a avanzar más rápido y levanté las manos para que me viera; al menos para que, desde lejos, empezara a saciar la sensación de espera que se le notaba. Al acercarme cada vez más a ella, pensé en cuánto tiempo haría que ella me esperaba. En un instante, estuve al frente y, como veloz gacela, surgió la primera pregunta:

—¿Esperó demasiado?

—No, llegué hace como cinco minutos, —respondió—. No me dejaban salir del colegio; dizque ahora se les ha dado por llamar a los padres de familia, antes de dar permiso alguno.

—Y, ¿qué les dijo?

—Que mis padres no estaban en casa.

—Y, ¿qué dijeron?

—Que no podía salir sin autorización de ellos.

—¿Qué hizo, entonces?

—Salí por el árbol, —me respondió.

—¿El árbol?

—Detrás del colegio hay un llano vacío; entre el muro que divide el colegio y el llano hay un árbol y se ha de imaginar las piruetas que le toca hacer a uno. Dicen que es un árbol de pumamaque, por la forma de mano de puma que tienen las hojitas. —Después de esta explicación, entramos en tema; le hablé del grupo de teatro que pretendíamos formar, del director que teníamos y de los actores con los que contábamos: éramos tres, cuando el director hacía de actor, además de Franco y yo.

—Y, ¿no hay mujeres?, —intervino.

Le expliqué lo difícil que era conseguir una actriz en una ciudad como esta.

—¿Qué están montando?, —preguntó.

—Una obra que escribió el director; se llama *La barca*; es, más o menos, como lo que cuentan de la Edad Media acerca de los locos: los metían en una nave, para que anduvieran por los mares de puerto en puerto; así, el pueblo se deshacía de ellos. Según el director, ahora se los mete en el psiquiátrico o en las iglesias evangélicas, y los pocos que quedamos por fuera, —dice él—, hacemos teatro.

—¡En los psiquiátricos y las iglesias evangélicas!, —exclamó y, luego, agregó:

—Yo pertenezco a un grupo de teatro de una iglesia evangélica. —En silencio, la quedé mirando, sorprendido.

—¡Qué va, me está engañando; tan joven y bonita y metida en eso! —Me dijo que toda su familia era evangélica; que ella y su hermana habían ido a algunas reuniones, en especial a las de los jóvenes, hasta que un día, al finalizar la celebración de la mañana, el pastor había dicho:

—Por lo tanto, hermanos, y para despedirnos, los invito a que se alejen de la vanagloria de la vida, la vanidad de los ojos y las obras de la carne; que resistan al mal, que se sometan a Dios, y el ser maligno, embustero, mentiroso y cobarde, va a huir. No siendo más, vayan con Dios mártir, y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, esté con ustedes. Amén. —Al oírla, pensé que, en el contexto en el que se movían, con toda esa prédica, Dally y su hermana Victoria se habrían regocijado por las voces de advertencia y de aliento del hombre de Dios y habrían hecho sus últimas plegarias: por las finanzas de sus padres, por tener éxito en el colegio, pero, sobre todo, para que el Señor de los cielos no se olvidara de conseguirles un novio, pero, así, tal cual ellas lo pedían y lo imaginaban: con la cabellera de Sansón, el corazón bueno y dispuesto del rey David y, sobre todo, con la fidelidad del perro de la casa; al imaginarlo, lanzarían suspiros de sus boquitas.

Después de la celebración, ella contó que el hijo del pastor la invitó a que hiciera parte del grupo de teatro. Ella le había preguntado por los días en que se reunían para los ensayos y había aceptado gustosa, ilusionada por entregar sus dotes de actriz al Señor; había esperado ansiosamente la noche del miércoles, los que parecieron dos parpadeos para que llegara.

Al volver del colegio, después de que su padre la recogiera, se había cambiado de ropas y, como un relámpago, había bajado las escaleras de su casa, se había dirigido hacia la puerta y, en unos cuantos pasos, ya se encontraba en la parada del autobús; había echado un vistazo a la ruta, levantado la mano, ante lo que el bus se había detenido; una vez de viaje, cada momento ojeaba el reloj y se preguntaba sobre cómo sería la preparación teatral del grupo de teatro de los cristianos, ya que ella, desde niña, era partícipe en presentaciones de artes escénicas.

Al haber llegado, pues, al lugar donde se reunían, que era un auditorio grande, que antes había sido patrimonio de la ciudad, contó que se había acercado paso a paso a un hall oscuro y, de inmediato, creyó que era la primera del grupo en asistir a la cita, echó una ojeada a su reloj, había visto que eran las siete y cinco y, cuando se había decidido a guardarlo, había oído unos suspiros, acompañados de breves y discretos jadeos que habían despertado su curiosidad; en silencio, al acercarse hasta lo más hondo del hall, alcanzó a divisar la silueta de un hombre que estaba sobre un sofá, levantaba la cabeza y mostraba señales de gozo, que le provocaban los rítmicos movimientos que hacía una jovencita que se veía que estaba sentada en su entrepierna. Impresionada por la escena, dio algunos pasos hacia atrás, pero, a la vez, intentó reconocer a la muchacha que, como una equilibrista, hacía sus piruetas con lo carnoso de su trasero.

Siguió contando que, un momento después: ¡es Sol!, había pensado ella; ¡estoy segura de que es Sol!; pero el hombre, ¿quién era el hombre? Así, al salir y dirigirse hacia el patio que daba acceso al auditorio, iba con un enredo en la cabeza, pues había supuesto siempre que los cristianos no debían tener relaciones antes del matrimonio y, en definitiva, la mujer que había visto se balanceaba en la entrepierna del hombre era una muchacha de dieciséis años, que antes había conocido y, hasta donde ella sabía, no era cónyuge de nadie.

Mientras se deshacía de estas dudas, un joven y una jovencita se le habían acercado y le habían preguntado si ella formaba parte del grupo de teatro, ante lo que ella les había respondido que esa era la primera vez que asistía a las reuniones.

—Hace un mes se inició el grupo; el hijo del pastor es el director; él siempre llega una hora antes; sin duda, debe estar en la oficina, —le dijo la muchacha y, con un apretón de manos, se presentó.

—¡Ah, mucho gusto!, —le había respondido, pero, con lo que ahora sabía, no dejó de hacer varias conjeturas a partir de lo que habían acabado de decirle. ¡Imposible!, —pensaba—, ¡el hijo del pastor anda en esas!

Con el paso de los minutos, fueron llegando uno tras otro los integrantes del grupo y se presentaron. Uno de ellos, al percatarse de su belleza, no había perdido el tiempo y se le había lanzado, como felino sobre carne fresca, para preguntarle:

—¿Cómo te llamas? ¿En qué colegio estudias? ¿Dónde vives? —Impresionada con las preguntas del jovencito, había olvidado lo que antes había visto y había atendido a cada una de ellas, pues sabía que el joven era el hijo de uno de los líderes religiosos ligado de cerca a la familia del pastor; era el encargado de recibir los diezmos y las ofrendas; rápidamente la había invitado a salir y, antes de que ella le pudiera responder, se oyó el llamado del director para que se iniciara el ensayo

—Vamos, —les había dicho Dally—, creo que iniciará el calentamiento.

Cuando estaban sobre la plataforma del auditorio, les habían dado la orden de que todos se sentaran en círculo para que iniciara el precalentamiento; rápidamente se dio cuenta de que el director del grupo era el hijo del pastor y, de nuevo, le llegaron los recientes fragmentos de lo que hacía poco había visto, mientras veía que Sol le hacía un saludo con un gesto. ¿Sería posible que ellos fueran los que estaban en el hall?, volvió a preguntarse. De Sol, ya no le quedaban dudas, pero quién era el hombre.

Durante el ensayo, no había dejado de observarlos, pues acontecía que Sol era la pareja de ensayo de él y vio como éste le tocaba partes inusuales de su cuerpo cuando efectuaban los ejercicios, y lo único que hacía Sol era sonreír y él se le acercaba mucho más.

—¡Aaaah, entonces por eso ya no asiste a esas vainas!

—Por supuesto; además, esas eran más las intenciones de nuestros padres que las nuestras. La vida contemplativa y ascética no es lo mío; a mí me gustan el rock and roll y la salsa; de once años ya leía a Andrés Caicedo. ¿De dónde cree que nació mi gusto por el teatro?

## 4

El espinoso abejorro husmea tras los gastados visillos, atisba el sexo, tritura la cotidianidad  
gandula del viejo teatrero; descansa, viejo teatrero, descansa.

El latoso abejón se inserta por los ojitos; descansa, viejo teatrero, descansa.

Sus graníticos dientes molturan la narcosis del viejo teatrero; descansa, viejo teatrero,  
descansa.



Figura 2. Abejorro.



## 5

Cuando me dijo Andrés Caicedo, se me olvidó todo lo que me había contado. Y prosiguió rápidamente:

—Ve, Chuchito, tengo que dejarte; mis padres se dan cuenta que me volé del colegio y te quedas sin actriz. —Le recordé que tenía su número de teléfono y le pregunté si podía llamar más tarde. Dijo:

—¡Listo!, —con la mano extendida, su pulgar hacia arriba y, como un bello fantasma blanco, desapareció.

Como estaba cerca de la biblioteca, fui a leer un rato. Para mantener un poco más la presencia de Dally, decidí leer los *Angelitos empantanados*. ¡Hace cuánto que no leo a Caicedo! Hace como tres años; recuerdo que un día las directivas del colegio contrataron a un psicólogo ya viejito, para que nos sermoneara acerca del valor de la vida, y al señor se le escapó por allí a forma de regaño:

—¡Jóvenes, no vayan a ser como el escritor caleño Andrés Caicedo, que se suicidó a los veinticinco años!, —con lo que pretendía decir que la madurez no vale la pena, que el mundo es violento porque está en manos de los viejos—. Acuérdense de la sonrisa y las enseñanzas de sus abuelitos.

Ese día salí como luz de rayo a la biblioteca. Le pregunté al bibliotecario del colegio sobre Andrés; me dijo que esa clase de libros no estaban permitidos en bibliotecas escolares. Entonces, salí para la Gran Biblioteca y encontré ese librito y un mamotreto que se llama *Ojo al cine*, que es una compilación de los artículos sobre cine que hacía ese cinéfilo para los diarios. Entre estos empantanados personajes, me fui sumergiendo, al tiempo que recordaba con cada párrafo mi adolescencia y mi precocidad para leerlos.

Ya en mi casa, me dieron ganas de llamar a Dally; cuando estaba por coger el teléfono, me asusté con su timbrazo; contesté y era Franco.

—Ve, Chucho, hoy nos vamos a reunir con Dally para ir a ver un monólogo; es de Chejov; creo que se llama *Sobre el daño que hace el tabaco*; lo representa un actor argentino que está de gira por Suramérica. ¿Te animas o qué? —Le dije que por supuesto y le pregunté que a qué hora era.

Dijo que a las siete en punto en el auditorio de la Gran biblioteca. Después de colgar el teléfono, recordé que una vez, con Franco, tratamos de representar *La gaviota*; en cada

ensayo, pegamos tremendas carcajadas por imaginarnos más viejitos y en las mismas condiciones que los protagonistas; esa presentación fue un fracaso; habíamos ensayado tanto..., ¡para que Franco la cagara!; mi buen amigo se había ido de fiesta una de las noches anteriores y se había pegado tremenda intoxicación etílica; dos días había estado en el hospital, donde le habían lavado hasta el cerebro.

Faltando diez para las siete, salí de mi casa (¡las ventajas de vivir por el centro!); al llegar a la entrada de la biblioteca, se encontraba un pelado, creo que esperando a que abrieran; lo saludé y le pregunté si venía a lo del monólogo.

Me respondió que sí, que hacía cinco minutos había llegado; echó una ojeada al reloj y dijo que ya eran las siete en punto,

—Al parecer, no llega nadie más, —le dije—. Preguntémosle al vigilante.

Cuando terminé de hablar, llegaron Franco y Dally.

—¿Qué pasó?, ¿no han abierto?, —preguntó Dally.

—Nada; parece que esto se va a demorar. Antes de llegar ustedes, estábamos por preguntarle al vigilante, —le dije, mirando al muchacho que, con un gesto, asintió con la cabeza.

—Vamos, entonces, —dijo Franco.

Al preguntarle al vigilante, nos respondió que el evento lo habían aplazado.

—En una emisora lo anunciaron; parece que al actor que se iba a presentar lo retuvieron en la frontera por el papeleo; ya saben cómo son esas cosas. Hay que estar pendientes de la radio, —nos dijo.

Dimos media vuelta y salimos a la calle; entonces, nos presentamos con el muchacho y florecieron las conversas. El tipo se llamaba Ignacio.

—Nachito, —le dijo Franco y le preguntó sobre un libro que él tenía en la mano. Franco tenía la manía de preguntar siempre por los libros que uno llevaba; y eso no era todo: no solo preguntaba, sino que, si podía, los arrancaba.

—¡Aaaaaah, Cortázar!, —dijo Franco.

—Sí, *El perseguidor*. Es un cuento que escribió en homenaje a Charlie Parker.

—¡Me encanta ese cuento!, —dijo Franco. Y, adelantándose un poco, siguieron hablando de jazz y de Cortázar. Mientras tanto, tras de ellos conversaba con Dally:

—Entonces, ¿te gusta Andresito?, —le pregunté.

—¿Cuál Andresito?, —preguntó, a su vez, ella.

—Pues, Andrés Caicedo.

—¡Aaaaaaaaah!, —dijo ella y esbozó una sonrisita—. Por supuesto. Sobre todo, *Los diplomas*; se identifica tan bello uno con los personajes.

—Hummm, excelente, —le dije, con una muestra de satisfacción en mi cara—. Pues, le cuento que una vez quisimos montar *El atravesado*; ensayamos día y noche en la casa de Poncho; así es como se llama el director del grupo al que pertenezco: Alfonzo Cabezas, y al que va a pertenecer, pues si se queda con nosotros. Me acuerdo tanto de esa obra; la montamos una semana después de que yo conociera a Poncho. ¿Quiere que le cuente como conocí a Alfonzo?

—Dale, de una, —me dijo, entusiasmada.

—Me lo presentó mi tío, una tarde que queríamos tomar cerveza; para esos entonces, yo todavía estaba en el colegio. El viejo llegó preguntándole si tenía hierba; mi tío, con un apretón de manos y presentándomelo, le respondió que sí, que la tenía encaletada por las viejas construcciones. Tómese un trago, —le dijo mi tío.

—No, —respondió el viejo—. Dijo que él solo fumaba hierba y que al alcohol ya lo había abandonado.

—Sobre todo, de ese que toman ustedes, —nos dijo.

Mientras caminábamos hasta las viejas construcciones, pasó junto a nosotros un abejorro; así se le llama a una abeja negra gigante que, con el zumbido de sus alitas, mortifica el oído humano; el viejo Poncho lo quedó mirando y empezó a hablar, de repente:

—Un día tuve un sueño, de esos sueños que parece que uno está despierto, tremendamente reales. Un sonoro ruido me despertó de repente; era como el bramido de un enjambre de abejas; y digo bramido porque se movieron los vidrios, se atormentaron las viejas cortinas. En cuatro pasos estuve en la ventana; más bien, en dos, ya me encontraba mirando hacia fuera y, ¡claro!, era una criatura impresionante; llevaba sobre los hombros cuatro alas de murciélago, merodeaba sobre las superficies de roca fundida, se levantaba altiva, como el gran cíclope; centinela gigante, araña gris de plateados ojos, expulsaba membranas, cazaba hombres, retenía la labor ociosa del artesano mendigo. En cada pulido aleteo vigilaba solitaria el silencioso orden, figoneaba el éxtasis del chorreante sexo, delataba cada bandada de palomas de humo que salían de las ventanas.

Aleteo tras aleteo, se me fue acercando; sus ojos parecían dos antorchas diamantinas; lanzaban fugas de luz hacia lugares oscuros; de pronto, empezó a abrir la boca; la abrió tanto como pueden hacerlo las entrañas de una madre; pensé que iba a devorarme, aunque lo que hizo fue producir un sonido, que parecía una palabra; por el exagerado bramido de sus alas, no alcancé a oírla; al darse cuenta de mi omisión a su imperceptible voz, se dispuso a atacarme. De eso y nada más me acuerdo; fue tan real el sueño, que pareció que me hubiera despertado en mi ventana y junto a las cortinas viejas. Lo cierto fue que, de pronto, esa criatura era mi mujer, que para esos tiempos vivía conmigo.

En esas siguió hablando de los sueños y de un tal Bachelard que, decía, había escrito toda una obra poética en cuanto a los sueños y al sueño del vuelo. Desde ese momento y por sus palabras me encarrilé con el viejo Poncho. Más adelante siguió hablando sobre sus lecturas y sus historias en la universidad; allí fue cuando me enteré que tenía un grupo de teatro, con otros jovencitos; cuando hablaba del grupo, el viejo me miraba, hasta que, ¡pam!, me decidí a preguntarle si podía pertenecer al grupo.

—Es para eso que les estoy contando, pelados, —nos dijo.

—De una, le dije que en dónde y a qué hora.

—Vamos para mi casa, para que la conozcas; allí mismo repasamos. —Fuimos para la casa y, mientras él fumaba su aromática hierba, yo me enloquecía con su gran biblioteca; tenía de todo, hasta libros de los testigos de Jehová;

—Al enemigo hay que conocerlo, —decía, y se pegaba unas carcajadas.

Entre fumada y fumada, Poncho me preguntó si me gustaba el teatro.

—¡Claro!, —le respondí—; en primaria hice mis primeras actuaciones y recientemente, en el colegio, presentamos *El diablo en el jardín*.

—De Liconá, —dijo el viejo, y le pasó el cigarrillo a mi tío—. Y..., ¿a quién representaste?

—A Teófilo, —le dije.

—Hummmmm, —dijo, pensativo—. Una vez conocí a Liconá, en la capital; dio una conferencia sobre su experiencia con el teatro. ¡Buenos tiempos!, —suspiró Poncho, mientras se llevaba a la boca el cigarrillo—. Me escapé con tres pesos para allá, a caerle a un buen amigo, que estaba estudiando arte; la primera noche la pasamos ebrios, con un trago que le llevé de acá; hablamos de arte y de literatura; allí fue cuando Fausto, mi amigo, me regaló ese librito, —y con su dedo señaló hacia la biblioteca; alcancé a leer: *Cartas a Théo*. Más tarde me enteré que era de Vincent Van Gogh. Esa noche me contó Fausto que llegaría Alejandro a la ciudad y, como en esos tiempos andaba en mis inicios con un

grupito que formamos en la universidad, nos fuimos para allá. Desde eso no he dejado de hacer teatro, —terminó diciendo el viejo. Y así es como conocí a Alfonzo.

—Hummm, con esas descripciones tuyas me dieron ganas de pertenecer al grupo y, sobre todo, de conocer al rayado de Alfonzo, porque se nota que el hombre está rayado, loquísimo. —Después de terminar el comentario, me tomó fuertemente del brazo y miraba asombrada y detenidamente a dos mujeres que caminaban directamente hacia nosotros. Estaban vestidas de una manera muy particular: llevaban faldas largas, que casi tocaban el piso; cada una de ellas llevaba un velo de color oscuro, que le rodeaba el cuello, un libro voluminoso y lo que parecía una libretica de tomar apuntes. Cuando estuvieron más cerca, una de ellas, al reconocerla, seriamente le dijo:

—¿Paseando a estas horas de la noche, señorita Dally? —Ella no respondió y la señora prosiguió:

—Recuerde que la noche es para los vagabundos y los borrachos. Quisiera que mañana se acercara por la dirección, —terminó por decir, mientras me clavaba la mirada como saeta envenenada.

—La rectora, siempre guardando el orden, —dijo Dally.

Una vez las dos mujeres se fueron, Dally prosiguió:

—Esa señora a menudo quiere resolverlo todo con los padres de familia. La semana pasada se la pasó junto a la puerta como un supervisor, más bien como un capitán del ejército, para mirarnos los zapatos, las uñas, el cuello de la camisa y, sin más decir, ¡tass!, aparece Irene, una de mis compañeras, con una bufanda:

—Eso no es indumentaria del colegio, señorita.

—Es que estoy... —Y sin dejar que terminara:

—Mañana, por favor, viene con su padre.

—Pero...

—8 y 30 en punto, en mi oficina, —le dijo la rectora. Lo que no entiendo es por qué siempre la descarga de su odio es contra las mujeres; a los hombres nunca les dice nada.

Una vez, en La noche de los globos (una festividad religiosa que se celebra en el colegio), una de sus compañeras y su novio, para aprovechar la ausencia de luces, salieron uno a uno de la fila del grupo hacia los baños de atrás, mientras la rectora hablaba de la historia y la importancia de la santa a la que se le rendía honores:

—Cada año celebramos la festividad de nuestra patrona; ella es la que nos cuida, nos ilumina, nos llena de sabiduría y resplandece en nuestras conciencias, para apartarnos de las vanidades del mundo, —decía y, mientras levantaba la mirada para incorporar una entonación particular, se percató de la desaparición de sus dos estudiantes.

—Es que nos contabilizaba de una ojeada; —decía Dally—; así que dejó la terminación de la biografía de la santa en manos de un colega y salió como ave a la que le descubren el nido.

—Dicen, —cuenta Dally—, que se acercó muy cautelosa hasta la puerta del baño y, al oír lo que pasaba, no dijo nada, sino hasta después que llegaron al culmen de su pasión; luego, al joven le dijo que desapareciera, pero a la muchachita, hummmm.

—Tremenda parlanchina la regidora de tu moral, —le dije, sonriendo.

—Eso no es nada; además, ejerce como profesora de español y sus ocurrencias son la cumbre de la fatalidad; uno de esos días, nos pidió que nos leyéramos el *Quijote* y lo termináramos en dos días; lleva reflexiones bíblicas, que incluye antes de iniciar la clase, y ahora se le ha dado por organizar un grupo de oración.

—¿Y por qué no te cambias de colegio?

—Porque es amiga de mis padres, —dijo, haciendo una mueca graciosa y, mientras conversábamos, los pasos se aligeraban y llegaban hasta la casa de Dally, donde la dejamos en el jardín, un bello jardín, en el que me fue a encontrar ebrio, un día en que se me dio por recitarle poesía a medianoche; fue tal la borrachera, que me quedé dormido junto a los frutales de bonsái que su madre cultivaba.

Pasó una noche en que nos invitaron a la conmemoración del día del idioma; no solo leímos fragmentos del *Quijote*, sino también recitamos poesía y mitología kogui y cuna. Mientras Franco leía que a don Alonso Quijano se le había secado el seso por leer libros de caballería, yo alternaba con el canto mágico para curar la locura; Franco había empezado:

—En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero... —Y yo proseguí:

—El curandero, en un extremo del piso de plata, en un asiento de oro, en un asiento pequeño, está sentado mirando el lugar. —Luego, Franco continuó:

—Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido... —Después, yo añadí:

—Las olas del mar están resplandeciendo con blancura, como la de la garza; las olas del mar están blanqueando; el curandero está mirando el lugar. —Y así nos transportamos en la

noche mientras nos servían vino. Más tarde, cuando pasé por su casa, en silencio, quité el pasador de la reja, me acerqué hasta su ventana y empecé a recitarle:

Tu cabeza, tu gesto, tu aire  
Como un bello paisaje, son bellos;  
Juguetea en tu cara la risa  
Cual fresco viento en claro cielo.

Después de eso, únicamente recuerdo que vi a Dally que estaba levantándose de su jardín a las seis de la mañana, lista, con su uniforme de colegio, su rostro muy fresco y un perfume de rosas; mis pies estaban congelados como escarcha; a pesar de eso, salimos de su casa, me disculpé, metí las manos en los bolsillos y me fui a casa.

# **SEGUNDA PARTE**



## 6

El ingenioso hidalgo se extendía a marcha de caballería por los días trémulos de los estudiantes. El espigado látigo de la profesora de español centelleaba truenos afilados dispuestos a descarnar las jóvenes pieles; un punzante alarido, réplica del llanto, sesgó hacia el primer condenado; prevenidos los fusiles, se alertaron los hirvientes pechos llenos de nervios; la evidencia de la cara de los que propalaban una leve pesquisa de letras cebaba el ímpetu de la preceptora. Lo siguiente se transmutó en cacería; las preguntas, como gigantes burbujas, encerraban a los séquitos del miedo; dos o tres testafellos, que representaban a sus consortes, respondían medio o mal al desbordado e inclemente interrogatorio. Con vehemente lumbré en las palabras, preguntó a uno:

—Usted. Usted. Usted. —Nadie le respondía; a otro, como nuevo escopetazo:

—¿Por qué perdió la razón don Quijote de la Mancha? —Respondió el primero:

—¡Porque se cayó del caballo! —Rieron todos y, al oírlo, la profesora se apresó los cabellos, mientras pronunciaba babeadas palabras:

—Todo el cuerpo docente, todo el cuerpo docente, tiene que ser testigo, —dijo; se asió el cabello, se quitó el sacón de paño y repetía:

—Lossss directivos, —mientras asentaba fuerte los zapatos contra el piso—, lossss directivos, —mientras se oían las risas y, luego, el silencio, el áspero silencio.

Estridente, el agudo sonido del timbre volvía a socorrer a los inmolados; los pechos se enfriaban por el aire absorbido por las bocas. Una vez guardados los compendios, uno a uno los alumnos se retiraban. Satisfecha por el amparo del timbre, al retirarme hacia casa, pensaba en el *Quijote*: Bien, me salvó el libro sobre el *Quijote* que Chucho me prestó..., buen libro..., aunque más me engrudó el libro del sádico francés... ¡Ay!, si la profe de español se entera del sádico... ¡Ay!, Chucho, porque me prestas esos libros... ¡Ay!, Chucho, ¿me querrás comer?

Lo cierto es que el libro del sádico se lo regaló una amiga. A Iris y Chucho, como buenos prófugos del colegio, les gustaba volarse para el río; todos los estudiantes nos volamos para el río. Se compra cervezas, una cajetilla de Pielroja, mandarinas de la casa y listos los “trasfumantes”.

La amistad de colegio, como cosa rara, evocó en Chucho las trastadas de Eros. El seducido había invitado a la nena, que no lo era tanto, pues era mayor que él, a la fuga. La noche anterior, por teléfono, le enumeraba paso a paso la confabulación del día y, al final:

—Tengo algo importantísimo que decirte.

—También yo, —le dijo la muchacha.

En el juego del alba, humedecidas las calles, los desertores caminaban río abajo; había que pasar por la tienda de la abuela para levantarse los cigarrillos, 800 pesos la cajetilla; lo atrayente del Pielroja es que, a pesar de ser barato, sirve para muchas cosas: para limpiar los aires metafísicos de los vestigios de un cadáver perturbado, para el “mal viento”, para entregarlo rezado a la muchacha o el muchacho que se pretende engatusar. Fumarlo indio abajo es de mal augurio. A los tabacos se adosaron seis cervezas y unas manzanas rojiamarillas, que Chucho aventajó de su casa.

Al bajar por la peña, Iris resbalaba en los hongos verdes grisáceos que la torneaban. Con crayones azulados, Chucho escribió sobre el risco algunos versos de *La copa de las hadas*. Mientras Chucho rubricaba que:

En sus grutas doradas,  
con sus diademas de oro,  
allí estaban, como un coro  
de reinas, todas las hadas.

Iris abaleaba la hierba con olor y color a tierra que un amigo le trajo de sus vergeles.

—Cafecita la yerba, nena Iris, —y ojeaba a media vista las manos de la nena.

—Se la encomendé al loco Fido, de los mejores suelos del país.

—Que ocurra y nos ascienda a los mejores cielos del país, —y sonreían.

La muchacha entrepasaba de mano a mano el forraje, hasta acomodarlo en medio de un libro; sacó el papelillo, vació hasta la última esquirla y enrolló rápidamente.

—Si hubiera un concurso del que más rápido armara un bareto, te lo ganas, —le dijo Chucho.

Levantando la mirada, emergió con sonrisitas:

—¿Terminaste tu arte cavernario? Mejor, destapá una pola. —La espumilla blancuzca, enfebrecía de la lata y se entonaba en los labios de Chucho, que guardó los crayones; recogieron las últimas lascas de yerba y continuaron compartidos entre cerveza, yerba y

Pielroja. Montaña abajo, se disiparon algunos murmullos; Iris, llevada del vuelo, le preguntó:

—¿Entonces, qué, viejo Chucho; ya está volando?

—Na, nena Iris, —le respondió.

—Péguese otro ploncito y verá cómo le va carburando, —le dijo la nena; ¡carburando!, la palabra favorita de Chucho, seguro se la enseñó ella, la nena Iris, porque, según Chucho, todo se lo enseñaba: le enseñó a fumar yerba, a trillarla, a armarla, desarmarla, a curarla cuando se quiebre; a balsamizar el cuarto con Palo Santo, para que se confundan los olores.

Iris, para Chucho, estaba antes que el viejo Poncho; ella se apareció en la vida de Chucho, tornasolada de libros; había llegado hasta el penúltimo grado de colegio; por su cabellera encendida de sol, fue levantando ciertas pelusas de resquemor en sus condiscípulas; la historia me la cuenta Chucho una y otra vez, con más intensidad cuando está enajenadito de tragos.

Lo cierto es que la pelada, apenas llegó, se empalmó sutilmente con el “parche” del hombre, un poco de metaleros que se pasaban cintas de mano en mano. Una tarde, al trastrabillar el día, en esas clases con la más antigua de las profes, la nena alcanzó a ojear la imagen de la caja de un casete que Chucho le pasaba a su compinche:

—Hummmmmmm..., *Appetite for destruction*, tremendo álbum; apenas me trajeron de la capital *Use your illusion I*; si quieren se lo paso e intercambiamos. —Sin esperar más, le dijeron que “de una”, y empezaron las conversaciones, acercamientos y voladas, que desembocarían en una gran amistad.

La muchacha había venido de un pueblo cercano a la capital, pues su padre era agente de policía y lo trasladaron a la ciudad; no contó nada más, pero, con el tiempo, se fue descubriendo que no le gustaba hablar de su padre.

Al desparramar notoriedad de alegría, desde un peñasco, antes de llegar al río, Iris soltó tremendo cantar:

—¡Que me lleve el río, me preñe y me mate!, —y pegó un salto, se quitó las medias y los zapatos y, corriendo rápida, por sobre unas hojas de mora secas, remojó su cuerpo, con todo y ropa.

—Vení, metete, el agua esta calientica, —le gritaba Iris.

—Hummmmmmm, calientica vos; ¿no sabes que este río es uno de los más fríos y sucios del Departamento?; ¡ajá!, ¿y con qué cuento quieres que le llegue a la abuela, que me chispoteó un bus?, —continuó Chucho, puestos los radares en los pechos de la nena.

—Ve, Dally, no es por mariquiar, pero me estaba llevando de enamoramiento y placer por la guagiüita, —me decía Chucho—, y lo peor es que la estaba cagando, sé que la estaba cagando, —volvía y decía, como si aún estuvieran sus faros de ojos puestos sobre ella. Desperdigando agua, como una manguera, con sus manos, Iris terminó por empapararlo.

—Hummmmm, mojaste los pielchos y lo peor es que tengo que llegar antes de las seis para burlar a mis tías, —escabroseaba, mientras se sacudía del agua y se carcajeaba—. No importa, ahora los curo con la mechera. Mejor, sácalos de la cajetilla y sepáralos uno a uno en una hojita de cuaderno.

Mientras el muchacho, inclinado hacia abajo, separaba uno a uno los cigarrillos sobre la hoja de cuaderno, la nena desabotonaba su camisa de colegio y quedaba en sostencito:

—Aunque de nada servía, pues así, mojadita como estaba, se le notaba todo, todito, —me decía Chucho, mientras respingaba la baba—; como ninfa, salió del agua, se quitó la jardinera, tomó su bolso y sacó una blusa que le llegaba abajito de los muslos.

—¿Qué pasó, hombre; terminó de sacar los pielchos? —Embobado, mirándole las piernas, asintió con la cabeza. Con inclinación de una pierna y al levantar la otra, ella se quitó la ropa interior y la extendió sobre un matorral. Después, con su mano, al estirar la blusa por el borde de enfrente, metió la otra por debajo y se quitó el sostén:

—No vaya a ser que me resfríe, —dijo la nena.

—¿Por qué, mejor, no te armas un baretico, mientras curo los tabacos?

—Vale. Lo bueno es que no se empaparon por completo. Relájate; verás que en un dos por tres están listos. Pásame la mechera. —El lúbrico amigo le pasó la mechera. Tomó cada cigarro entre el pulgar y el índice y suavemente le pasaba el encendedor a una distancia considerable.

—Listo, —dijo la nena con aire de satisfacción, mientras el amigo calibraba el varillo. Extendiendo la mano, Chucho le volvió a pedir el encendedor, lo llevó hasta el cigarro de yerba y aspiró suavemente; tras varios novillos, se lo pasó a la pelada.

—Buena yerba, —dijo la muchacha; luego, prosiguió—: Ahora sí, contame, ¿cómo fue tu primera vez?

Chucho entornó los ojos.

—Sí, amigo; cuénteme cómo fue la primera vez que se trabó.

—Naaaaaaa, nena; ocurrió más o menos cuando tenía catorce: una vez, miré a mi tío que escondía una bolsa pequeñita en una caleta que mi abuelo le hizo debajo de la mesa de

noche; siempre me gustaba rebuscarle; a veces encontraba navajas, monedas o cartas de las novias. Un día, siendo más pequeño, le encontré un condón, lo inflé y andaba jugando por toda la casa.

—¿Y tu abuela, ¿qué dijo tu abuela?

—Mi pobre abuela estaba preocupada de si el condón era nuevo o usado; ¡ja, ja, ja, ja!

—¡Pobre abuelita!, ¡ja, ja, ja, ja, ja!

—Cuando mi tío salió para la calle, abrí la bragueta y ¡tass!, ahí estaba la bolsa de yerba y una pipa artesanal; pillé cómo era la nota para crear mi propia pipa; me robé unas esquirlas y salí a quemarlas detrás de la casa. Busqué un palillo de colombina, agujeré una tapa de límpido por un costado y lista la pipa; me faltaba únicamente papel de aluminio que me sirviera de parrilla para sentar la yerba. Cuando tuve todo a favor, decidí probar; como no sabía fumar, recordé que un día un amigo me dijo que la primera vez hay que tragarse el humo; acerqué la candela a la pipa y di la primera aspirada; consecuentes, di algunas tosiditas por la humareda; regresé a la casa, entré a mi cuarto y tomé los audífonos, la música parecía más lenta; empezaba pensando una cosa y terminaba en otra; pensaba en cada nota, me subía en ella, podía tocarla, palparla; me llevaba la música, cerré los ojos, suavemente la música me llevaba, hasta que me quedé dormido. Desperté a eso de las doce de la noche, con tremenda hambre y sequedad en la boca. Al día siguiente, le conté a un compañero que había probado yerba.

—¿Cómo, yerba?

—Marihuana, marica, —le dije. Me dijo que si le podía llevar un poco; acepté; llegué a la casa derecho a la caleta de mi tío, abrí la bragueta, busqué por todo ella y no había nada.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!, ¿y qué hiciste?

—Un día, en las conversaciones de mi tío con sus amigos, le oí a uno de ellos que le vendieron una yerba mala; que estaba revuelta con mierda de vaca. Lo primero que hice fue salir al potrero y conseguí la más marchita, le puse hojas de mora y de lo que encontraba en el camino. Al día siguiente, le entregué una bolsa negra, bien dotada, primero envuelta en hoja de cuaderno, para acrecentar el misterio.

—Seguí, ¿qué pasó después?

—Primero, el hombre fumó poquito; como no le hacía nada, se fumó todo lo que pudo, hasta que terminó vomitando, por el sabor a mierda que tenía en la boca, ¡ja, ja, ja, ja, ja!

—Te dio eso, porque era de la buena, —le dije—; la primera vez es así, hasta irse acostumbrando.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Sos la cagada, viejo Chucho!

—Así fue como empezó toda mi experiencia con el vuelo; después de eso, no volví a fumar ni siquiera una esquirlita, hasta que te conocí a vos. Ahora, cuéntame: ¿vos cómo iniciaste en las labores aeronáuticas?, —le preguntó Chucho, entonadito con la cerveza.

—Recuerdas, que cuando me llamaste a invitar, te dije que también tenía algo por decir.

—Sí, —le respondió, con la impresión de que habían llegado a la causalidad del viaje.

—Verás, todo tiene que ver; me conoces hace ya un tiempo, —le dijo la muñeca, mientras se llevaba el rulito de yerba a la boca y lo acompañaba de un sorbo de cerveza—, pero hay algo muy interesante, lo más trascendental que me ha pasado en la vida después de conocer la yerba: el descubrimiento del doble sexo.

Al muchacho se le alertaron los misiles:

—Sí, viejo Chucho, el descubrimiento del sexo. Cuando tenía doce o trece años, llegó mi prima, la mayor, a quedarse en la casa de mis padres; la pelada tenía mala fama, pues ya decían que andaba metiéndole cosas a la cabeza. Irena, que así se llamaba, vivió un buen tiempo con mi abuela; después, se la llevó mi tía para la ciudad y allá ingresó a la pública y fue allí donde empezó a patinarle el coco. Lo cierto es que Irena me empezó a prestar libros sobre la *Generación beat*; Ginsberg se convirtió en mi autor favorito; por eso te pasé esos textos a vos. La muchacha se quedó con nosotros las vacaciones de julio, tiempo suficiente para que me trastocara la vida. Una noche, mientras leíamos *Aullido* tiradas en los matorrales de maíz, Inena, como yo le decía, sacó la bolsita mágica; mientras ella la trillaba, yo bajaba un pielcho; siempre el mismo ritual. Encendimos el cigarro de yerba; nuestras expulsiones se propagaban por todo el maizal.

—Sabes, muñeca, hay algo que aún no has recorrido enyerbada, —me dijo y me mandó la mano a los pezones.

—¿Sí ves?, no me equivocaba, están paraditos. —Sentí un corrientazo de placer por todo el cuerpo—; me di cuenta de eso cuando nos bañábamos; no te gustan los hombres, muñeca; te gusta del otro fuego y así, enyerbadita, es más rico.

Ella lo hizo todo; solo cerré los ojos y opté por sentir las transfusiones revoloteantes de su lengua húmeda; para mí fue el nacimiento de Venus. Después de eso, me volaba cuando podía para la ciudad a ver a mi encantadora prima; las noches que pasamos juntas fueron incesantes, los bares, las fiestas, amanecíamos en cualquier lado, en cualquier casa, en cualquier parque, en cualquier apartamento; la fiesta empezaba desde las horas de la tarde. Irena asistía a clases en la mañana, llegaba a la casa, almorzábamos, dormíamos hasta las

cuatro y salíamos; algunas veces, telefoneaba a algunos amigos; otras, salíamos a la lógica del azar, tomábamos la Avenida Caliente y caíamos a la universidad.

—Después de las cuatro, en la U las cosas se ponen buenas, —decía la muñeca. En la U nos quedábamos hasta que nos sacara la vigilancia; otros más aguerridos se encerraban en los cursos para hacer sus triquiñuelas; sobre todo, eran parejas las que amanecían envueltas en las cortinas de los salones. Subíamos por la Hot Avenida y recibíamos lo que nos ofrecían:

—¡Nenas, tenemos trip, flex, regular o de la otra!, —nos prometían los pelados, para ver si nos metían en sus cobijas; algunas veces, nos íbamos con ellos, con los más bonitos, los menos cara de delincuentes; después, nos terminaban botando de las casas, cuando se daban cuenta que nos tardábamos demasiado tiempo en el baño.

—¡Salgan, tortilleras; vayan a arepiar a otro lado! —Seguíamos subiendo por la Avenida Caliente, recibíamos chorro, tomábamos, fumábamos, inhalábamos, llegábamos al Parque del Kiosco, un saludo a uno, a otro, a este, a otro, a zutano, a mengano y perengano. Se aparecía Cuquita:

—Caigamos al bar, peladas. —El bar era un metedero para maricas y lesbis; se llamaba *Fruta de seda*; hasta las doce, para apantallar, las cosas iban todo bien; vendían cerveza de colores, el *yellow submarine*, *the prince blue*, la *red hot*, todas bebidas que cumplían con su misión después de las doce, cuando cerraban la cortina, para que no jodieran los tombos. Aprisionados por los efectos de la lluvia de bengalas, se entregaban a la dionisiaca: yo con vos, el con ella, ella con este, ella con ella, el con él; ella, él y él; él, ella y ella, y así todos con todos durante el resto de la noche. Salíamos del bar a eso de las seis de la mañana, un plon de flex y siga la fiesta; que a dónde vamos, donde Cuquita; que Cuquita se fue con una nena, entonces que a dónde; que, mejor, en la calle; que en la calle nos joden; que, entonces, para mi casa y en dónde es tu casa, al final de la Avenida Caliente. Mientras subíamos por la avenida, comprábamos trago, cigarrillos y comida; en tanto caminábamos, se iban formando nuevas parejitas, se tomaban de la mano; besito va, besito viene:

—Mira, pelada, quiero contigo; apresuremos los pasos a la caldera. —Ya en la casa, nos acomodábamos, encendíamos el tocadiscos, nos pasábamos las pastas de mano en mano; pon este, mejor este otro, Black Sabbath, *Die Young*, morir jóvenes, vivamos el presente, el mañana nunca llega, la vida es fantasía, *die young, die young, die young*, unos en la sala, otros en el cuarto, algunos en el baño, *die young, die young, die young*. Entonadita de nuevo, la dueña de la casa empezaba a regalar las pastas, los libros, los casetes, la ropa:

—Ven te firmo este libro; con amor, para la mariposa más bella, muaaaa.

—¡Ta lass!, —sonó el espejo del baño.

—Que paren, que le están dando muy fuerte. —Salía una pelada cortada las nalgas,

—¡Póngale telaraña!

—Se terminó el trago, vayan por más.

—No hay plata.

—En la tienda me fían, pero estoy vuelta nada.

—Un pase, para que te pase.

—Las mayorcitas, pasen la cédula. —Llegado el trago, seguíamos con el festejo, seguíamos tomando, nos doblábamos, nos levantábamos; al final de la noche, me encontraba con la dueña de la casa:

—Hágase para acá, pelada, que Irena se fue con Candy. —Me amanecía con ella; la pelada, siempre mayor que yo, me preparaba el desayuno; me daba manzanita en la boca: que por la mamá, por el papá, por Irena. Me regresaba a la casa; Irena aún no llegaba. Después de tremenda bacanal, me devolvía para mi casa.

—¿Y con qué cuento llegabas?

—Con el cuento de la feria de universidades, una exposición de pintura, la feria de libros o cualquier cosa que sonara interesante. Ahora sí, contame vos qué era eso que me tenías que decir.

—No, nada. Problemas familiares, —le dijo él, pensativo.



## 7

Despedazando, despedazado, me levanté como a eso de las diez de la mañana; había en el piso algunas cajas de vino; me llevé una botella a la boca, no cayó ni una pizca; pasé a la cocina, tomé dos mandarinas, me las metí al bolsillo. Salí de la casa con mi botella de agua y mis mandarinas; mientras bajaba bomba abajo, pensaba en las resacas de mi edad: no es lo mismo; cuando estaba más joven, los guayabos me duraban menos; bueno, ¡para la mordida de perro, el pelo!: compré un cuarto de brandy y algunas cervezas.

Seguía mi travesía por el centro de la ciudad, como viento en popa y más viento que popa, porque me gusta andar despeinado.

—¡Qué hubo, profe!, —me saluda uno.

—¡Qué más, viejo!, —me congratula otro y me toma de la mano; lo saludo, nos paramos, conversamos: que el grupo, la cultura, la ciudad; que un político la tiene vuelta mierda; le brindo un brandy, le brindo otro; nos sentamos: brandy, cerveza, cerveza, brandy. Encendidas las exploradoras, lo invito a un estanco de la Plaza de Mercado; con un guiño me desprecia, le pego una puteada y sigo bajando.

Me redondean los amigos, me quitan el brandy, se lo toman:

—Profe, ¿qué va a gastar?

—Profe, ¿qué va a tomar? —Me siento en las bancas de la casa, alrededor de una fuente inservible; allí nos encontramos como treinta personas, en grupos de seis, de cinco, de ocho, todos trabajadores de carga; algunos juegan a las cartas, otros a los dados; a mí, el juego no me gusta; lo que hago es conversar. En el centro de cada grupo hay un recipiente con *chancuco*, una mezcla de maíz fermentado con *chupil*; pido el recipiente más grande, hago mis libaciones a todos, con mi mano en el aire: un mate, otro, otro; me voy poniendo colorado, pido más *chancuco*; pelea de dos cargueros por el juego de dados:

—¡Hijo de la grandísima, me estás robando! ¡Me está robando! ¡Me está robando!, —le reclamaba uno de ellos a la dueña del estanco.

—¡¿Qué te he robado, triple hijuetal?! Si estás bien soplado; tenías que correr cinco y corriste cuatro. —Tiraron los dados al piso, se quitaron los sacos y se encendieron a golpes; uno de ellos, un fulano más o menos de uno sesenta de estatura, fornido, cuarteadas las manos por el accionar de las manilas de su carreta de mano, se lanzó con todo el cuerpo

sobre su contrincante; dando vueltas en el piso, repartían puñetazos y patadas a diestro y siniestro; una de ellas alcanzó el recipiente del *chancuco* de la mesa continua; los jugadores de naipes se levantaron y se abalanzaron contra los que se batían en el suelo; llovían patadas, puñetazos, bancos. El pequeño fortachón, enrojecida la cara de sangre, logró incorporarse, tomó lo que quedaba de una silla y, al abrirse paso, salió del lugar; la dueña del estanco salió tras él, mientras llamaba en auxilio a la policía; llegaron dos miniaturas de policías, al parecer bachilleres; sacaron sus bolillos; sus gritos de pubertos se ahogaron con el bullicio de los gladiadores.

Al día siguiente, los diarios anunciaban el atentado, atraco, robo de material de intendencia a dos de los miembros de la dignísima institución por parte de grupos subversivos. La afrenta duró quince minutos más; los muchachos policías corrían despavoridos, sin gorras, ni riatas, caídos los calzones, con el trasero al aire; se calmó la cosa, juntamos pedazo a pedazo los asientos que quedaban, levantamos los mates y seguimos tomando.

Al terminar el último mate, llega Lallo y me cuenta que me estuvo buscando toda la mañana; Lallo me visita frecuentemente para hablar de literatura. Lo invito a un mate; me dice que lo envasen en una botella, para llevar; a Lallo no le gustan estos “parches”. A este buen amigo lo conocí en la universidad, en un curso de teatro; era nietzscheano, Zaratustra para arriba, Zaratustra para abajo.

Salimos, recorrimos todo el centro hasta mi casa:

—A la tuya no, amigo, porque la última vez tu mujer me sacó corriendo. —Me dice que mentiras, que él manda en la casa.

—¡¿Mandar tú?!, los calzones de tu mujer a la lavandería. —Llegamos a casa; mi madre lo recibe con tinto; saco más brandy, se lo ponemos al tinto, encendemos la victrola y arremete en sonidos volátiles *Dark Side of the Moon*. Lallo saca de su maleta una yerba morada:

—Nueva cosecha, —dice; la trilla con un aparato metálico que le trajeron de la capital; la envolvemos y fumamos. Mientras nos pasamos de dedo en dedo el cigarro, me indica sus manuscritos; le echo un ojo a la primera hoja; *Las calles carnales* se llama la obra; leo la descripción del escenario en voz alta...

—En la esquina de una calle de la ciudad cualquiera, cuatro hampones se preparan para su cometido... —Me dice que pare, que la lea después; apreso la orden y guardo las hojas en medio de un libro. Como a mí, al viejo Lallo le gusta escribir obras de rufianes y hampones; siempre me pregunto de dónde las saca, si a él no le gusta frecuentar esos metederos.

—La calle es el escenario perfecto para la manifestación del cuerpo; cuando dos bandoleros se enfrentan a cuchillo, se ve el ritual de muerte; el viejo teatro era una dialéctica entre rito y mito, entre lo sagrado y lo que debe profanarse; la sangre del bandolero es el chivo expiatorio. El azar de la herida de puñal determina la purgación de este mierdero; se expía, se limpia, se purifica, —comenta el viejo Lallo, engomado en la yerba.

Hablamos de escritura, de teatro, de yerba, de chamanismo; de los años que llevamos junto a la Musa y la Musa no nos suelta nada: una obra, una más, otra, otra de las mismas, pero nada bueno. Le comento que el otro día, en el mercado, había conocido a un viejo yerbatero, que le decían el médico del...; lo cierto es que el abuelo me contó que, por los lados del viejo puente, en un abismo, entre peña y peña, se daban unos cactus que los indios tenían como sagrados:

—Los efectos no son perjudiciales, si se lo toma con respeto. A la búsqueda del cactus hay que ir entre dos, un mayor y un menor, lo que simboliza los gajos de la planta, pues siempre crecen un largo y un corto; es similar al San Pedro, pero es más delgado; la aventura es peligrosa, pero vale la pena, pues le puede mostrar lo que quiere saber, lo que quiere lograr; dicen que los indios antes de empezar sus artesanías tomaban la planta; es una hierba que sirve para la creación, le abre la mente, le enseña, le muestra, le dicta; lo único que hay que tener en cuenta es que solo debe tomar la persona mayor. La hierba se llama *rumiyuyo*, que significa algo así como la hierba de la peña.

—¿Piensas emprender la búsqueda de la tal *rumi*...; cómo es que se llama?

—*Rumiyuyo*, Lallito, *Rumiyuyo*. Sabes algo, Lallo: cuando el anciano me contó sobre la planta, pensé de inmediato en Artaud; antes de que Artaud comiera peyote, estaba completamente desquiciado. No sé cómo le permitieron la entrada a México para que fuera con los Tarahumaras.

—Las influencias, amigo, las influencias; dicen que el hombre tenía influencias en la Embajada.

—Como sea; creo, viejo Lallo, que la planta lo llamó. El resto tú lo conoces. Después de que Artaud comió el peyote, las cosas no siguieron igual; dicen algunos teatreros que el *teatro de la crueldad* se reafirmó después de la visita a los indios.

—Debe ser que, al ingerir el peyote, se atisbaron en él las fuerzas mítico-rituales que implican la puesta en escena de la crueldad; recuerde, amigo mío, que en esta clase de teatro se retoman las insignias de Dionisos; el mito, el rito, se manifiestan a través de un acuerdo que impulsa la actividad creadora; además de una buena ingesta de mezcalina, hay que tener en cuenta la carga profunda que tenía Artaud por la mística, la astrología, —concluyó Lallo, mientras me pasaba lo que quedaba del varillo.

—Es posible que en esos apartados tengas la razón. Recuerda, amigo mío, que, para Cassirer, en el rito se manifiestan todas aquellas tendencias, pulsiones, afanes, apetitos que no solo son representaciones o ideologías, sino movimientos rítmicos solemnes que encarnan aspectos violentos desenfrenados o, en otras palabras, estallidos orgiásticos que vuelven incalculables las posibilidades en la escena. Lo cierto, viejo Lallo, es que deseo con vehemencia el encuentro con la planta.

## 8

Los cerdos tiraron al hombrecito a la porqueriza, verde, verde, verde, verde.

Los cerdos succionan el polvo que encuentran, blanco, blanco, blanco, blanco.

Los cerdos humean la yerba, verde, verde, verde, verde.

Los cerdos acorazados levantan sus bastones, rojo, rojo, rojo.



Figura 3. Regicidio.

## 9

Después de conocer a la pelada, sobrado de actos de mesura, la invité a bucear por los bares y las calles. A las 7 de la noche, por la Avenida de la bomba. Nos encontramos bomba arriba; la nena traía en sus manos algunos casetes de viejo rock and roll. Que beso en la mejilla, que el olor a cuero, que para dónde: a la calle del miedo.

La calle del miedo es una cuadra, toda llena de bares de metachos: el *Slayer*, el *Dark Moon*, el *Nightmare*, *El hechicero*, *El pagano*. Caminamos un poco, buceamos, metimos la cabeza, entramos a todos, nos quedamos, nos desanimamos:

—En este, no; mejor estaba el anterior.

—Pero en el anterior había mucho blackero, todos hombres, ninguna pelada. —Voy conociendo los gustos de la muchacha y ella me va conociendo.

Caminamos un poco más; pasamos junto a un aviso luminoso, del que cuelgan dos guitarras: *Rock and roll all night*; nos decidimos, seguimos; el humo infesta todo el lugar y todo el mundo; suena *The Grange*, de ZZ Top; nos quedamos, nos sentamos y pedimos una jarra de cerveza; la pelada pone los casetes y una cajetilla de Pielroja sobre la mesa; enciende un cigarro, mientras cruza la pierna y muestra su media enmallada; todos los metaleros ponen los ojos en la nena.

—¡Hola, Milena! ¿Cómo estás? —Se le acerca un mechudo con una copa en la mano.

—Se equivoca, pelado; mi nombre no es Milena, —le dijo la muchacha, mientras lo miraba fijamente.

—No importa; de todas maneras, sírvase este trago y después de dos o más me dice cuál es su verdadero nombre. —Lo sigue mirando fijamente, levanta la copa y me la pasa:

—Somos dos, pelado. —El mechudo sirve otro trago, se lo pasa a la nena y retorna a su mesa. Encendemos un cigarro; la nena escribe unas canciones en una servilleta y se la pasa a la barra. Se empieza a llenar, llegan los amigos, les presento a la muñeca: que cómo te llamas, de dónde eres, bla, bla, bla, bla. Los amigos piden otra jarra; que, mejor, una botella; compramos jarra y botella.

De trago en trago, nos vamos tumbando; suena la canción de la nena: se sube en la mesa, hace como si tuviera una guitarra en las manos, gira con violencia su encendida cabellera, todo el mundo la mira y la nena:

*Ooh, she's a little runaway.  
Daddy's girl learned fast  
All those things he couldn't say.  
Ooh, she's a little runaway.*

Se lleva la botella a la boca y empieza a empaparse en trago: un trago, una cerveza, uno, otro, otro. Se baja de la mesa:

—¿Te imaginas, viejo, tener una banda?

—Claro, pelada; nos la pasaríamos día y noche ensayando los temas que sacuden nuestros cuerpos.

Nos sacan del bar, vamos a otro; todos están cerrando, tomamos en la calle; pasamos por la casa de un amigo, saca su casetera, ponemos los casetes de la nena; la muñeca baila en la calle, alborota su chaqueta; los carros pasan, pitán, los insulta; el viento se lleva su chaqueta, los vientos son insoportables, anticipan un aguacero, pero igual, no nos importa, con tal de que tengamos una botella y podamos ver nuestros rostros tras de ella.

Empieza el aguacero; cae tan fuerte, como si las gotas hubieran incrementado su peso; buscamos un lugar donde refugiarnos; bajamos por la bomba pegados los pantalones a la piel; la piel y los pantalones parecen uno; a la pelada, se le clarifican los pechos, ¡qué pechos!; a la nena se le enredan las medias de malla en los picos de una ventana, se le rompen; con rudeza se las quita y las deja en la calle.

Más adelante, nos encontramos con una gallada, al parecer nada amigables; sus caras y sus voces detestables nos advierten que tenemos que cambiar de acera; la cambiamos e incrementamos el paso; nos siguen; el primer hampón empieza a correr, tomo de la mano a la pelada y corremos; la única forma de enfrentar a los bandoleros es corriendo; aceleramos la carrera y nos caemos; la botella rueda unos metros, no se quiebra; el gañan que nos perseguía la toma, me pega una patada en la espalda y sale corriendo.

—Toma, hijueperra, por hacerme correr. —Me levanto y logro ver las piernas de la nena rasponeadas.

—¡Hijueperra, la botella!; ¡hijueperra, la botella!, —le grita la pelada; corre y grita con rabia tras el malhechor; luego, regresa despacio, se arrodilla y se viene en llanto—: ¡Hijuemadre, nos robaron la botella!, — y me pregunta si estoy bien.

—Todo bien, pelada, todo bien, —lo único malo es que nos robaron la botella y a ti se te tiraron las piernas; no van a lucir de la misma manera con la jardinera cortica que siempre llevas.



La lluvia cae poco. Seguimos bajando; maldigo a los hampones y a los tombos que nunca aparecen:

—Lo siento; tu papá es policía. —Me dice que no importa, que todos son la misma mierda; la quedo viendo y seguimos. Nos encontramos un “parche” de amigos en una esquina, con una casetera y en tremenda farra, les comentamos lo acontecido; nos abrazan y regalan cerveza:

—Frescos, amigos, que aquí lo que sobra es chorro, —nos dice uno de ellos y nos muestra su maletín forrado de botellitas de agua llenas de chancuco:

—Tome, para el susto, —y nos regala una botellita; la muchachita levanta sedienta la botella. Las dos, las tres, las cuatro; algunos amigos han quedado rendidos ante la coronación de Baco, unos sobre otros; la nena, ya un poco endeble, se reclina en mi hombro.

—Estoy vuelta mierda, amigo, —me dice.

—No tome más; si quiere, la llevo a casa, —le digo y me levanto rápido del andén en el que nos encontramos.

—¡Sentate, marica!; fresco, que hoy nos amanecemos dándole la bienvenida al alba; ¡nunca más quiero ir a casa!, —me dijo la nena y me haló del pantalón; al sentarme, me tomó del brazo y se aferró más fuerte.

—¿Sabe por qué no hablo de mi señor padre?... Es un asesino...; él y cuatro cerdos más mataron a bolillo a un pobre poeta ebrio que encontraron en la calle; por eso quiero amanecer aquí, para ver si me encuentra y me mata, —me dijo la pelada, mientras se quedaba dormida.

Al sentir el tiránico frío de la madrugada, me desperté sin saber dónde me encontraba; rápidamente la cabeza asimiló el lugar; desperté con suavidad a mi ebria compañía, nos incorporamos y caminamos tambaleantes a casa.

## 10

Desperté a eso de las dos de la tarde; mi abuela me dice que Poncho telefoneó en la mañana, para pedir que lo visitara, que era urgente, que me tenía un trabajo; Poncho siempre le decía a mi abuela que tenía un trabajo para mí, para que ella me pasara el recado; de lo contrario, nada; no le gustaba que me juntara con el viejo. De inmediato, me vestí, bajé por las escaleras y a donde el viejo, que vive arriba de la bomba, más o menos a unas tres o cuatro cuadras más arriba; esta ciudad es pequeña, uno se ubica arriba o debajo de la bomba; se sube y se baja por las únicas dos calles que tiene esta pequeña cajetilla.

Un poco doliente, tras las coceaduras que deja la cama en la espalda, paso por la Gran Biblioteca y recojo unos libros. Llego a la casa de Poncho, me saluda y me invita una cerveza; salimos de su casa y nos refugiamos en una “cantina” cercana. La cantina es un restaurante de las 8 a las 12 del día; después, se transforma en un burdel; lo que me pregunto siempre es cómo sacan el olor a borracho que infesta el lugar.

Pedimos dos cervezas; Poncho nalguea a la mesera, la mesera le devuelve la osadía con una sonrisa:

—¡Ay Ponchito, usted sí es; a su edad y todavía le quedan ganas! —El viejo me pregunta que si todo va bien, que cómo va mi abuela y la solterona de Irmita.

—Si quieres, le hago el favor a tu tía, —me dice el viejo, muerto de risa—; así, quedaría siendo tu tío.

Le digo que todo va bien; que mi tía solo tuvo un novio, que se fue de cura; era medio amariconado y, como no le hizo nada, mi pobre tía se frustró con los novios.

—Al grano, dijo el pollo, —me espetó el viejo y empezó a relatarme lo acontecido con Lallo.

—El acompañante menor soy yo, supongo, —lo interrumpí, molesto.

—Claro, —dijo el viejo—; ¿se le mide?

—No hay problema, viejo Poncho; igual, el que va a tomar la yerba será usted. —La aventura con el *rumiyuyo* hizo eco de campana en mi trastornada cabeza. Al viejo ya le había oído muchas veces sobre la labor de Musa que le producía la marihuana y sobre sus

libros sobre plantas y medicina sagradas, que eran de sus favoritos, además de su excesiva creencia en la creación de una obra cumbre a partir del consumo de alguna sustancia; pero ir en busca de una planta, de la que no teníamos conocimiento, excedía a todos los dislocamientos de los que yo muchas veces había sido cómplice: la presentación de obras relacionadas con prostitutas y travestis; la expresión pública de hechos promiscuos, representados por adolescentes; *La inmolación de Poncho*, una obra que presentamos frente a la Gobernación, en protesta por el despilfarro de recursos arbitrados para artesanos y teatreros, en la que el viejo se bajaba los pantalones, mostraba sus posaderas resplandecientes y yo, caracterizado como gobernador, le propinaba unos agujonazos con alambre de púas.

El *rumiyuyo*, el *rumiyuyo*...

## 11

La verdugo descarga inclementes platinados azotes sobre las desnudas posaderas seniles del viejo teatrero.

Gritos afligidos frente a la caverna incestuosa, pléyade de roñosos monetáfagos.

El verdugo, disfrazado de representante del bien, ataviado de desvergüenza, ponzoña cada vez más profunda sobre el huesudo teatrero.

Grita el viejo teatrero; esgrime el látigo el zafio picaresco.



Figura 4. Inmolación.

## 12

Al bucear por las calles y pasadizos, llegué a encontrarme con el grupo de teatro más chatarrero que hubiera existido en esta alocada ciudad. Los implicados parecían elementos de ultratumba cuando erizaban sus papeles frente a la Gobernación; periodos de inefables desgarramientos fruncía en escena el mayor de los actores; era un aquelarre descarnado lo que representaban; las expresiones de lamento se constituían en fuerzas sustanciales; los gritos cargados de formas expresaban una multiplicidad de significaciones.

Me quedé en el sitio hasta que terminaron la obra; eran dos pelagatos; me acerqué hasta donde ellos estaban, los felicité y pregunté cómo se llamaban; de dónde había salido tanta energía y resistencia para presentar ese tipo de obras; hablé con el más joven de los dos actores, que insinuó que no tenía en claro el título de la obra, pero vislumbraba con claridad la intención del sentido.

Cuando hablaba, miraba al viejo actor, con la intención de que pareciera mejor si le preguntara al viejo. Les dije que me había fascinado la obra; era sorprendente y desconcertante saber cómo, en esta ciudad tan chica, se vislumbrasen puestas en escena de acción comprometida; me había quedado envuelto en la perpleja atmósfera al ver cómo cada uno de los cuadros se transformaba en caóticos planos de energía.

En mis lecturas, me había encontrado con el teatro mágico; el teatro dionisiaco, algo que el poeta francés había denominado el *teatro de la crueldad*. Algo tenía que ver toda esta fuerza, toda esta aniquilación, con el extracto de todas las fuerzas que requiere ese teatro.

—No se equivoque, amigo mío. El hecho de que hubiera irrigado sangre en la escena, no quiere decir *crueldad*; la escena de la crueldad va más allá de cuerpos mutilados, de martirios de la carne. La crueldad, amigo mío, es lúcida, es vida, es creación, —dijo el viejo, aún limpiándose algunas leves huellas de sangre.

—Lo decía por la ausencia de diálogos, de libreto, de palabra; por la incesante construcción simbólica que irruye los sentidos.

Esa misma tarde le pregunté si podía pertenecer al grupo de teatro. Nunca había estado en un grupo de teatro, pero el nervio y la garra me llevaban a visualizar las próximas escenas, en las que me implicaría.

Alfonzo, así se llamaba. Me dijo que ensayaban los fines de semana en su casa, una antigua casa colonial por arriba de la bomba:

—Mira, amigo, con el pelado completamos los tres actores para la obra que estamos montando, —le dijo Alfonzo al muchacho. La obra era un tanto trastocante, dislocada, muy fuera de lo común: primero, porque yo debía interpretar el papel de una mujer, de una señorita puberta golosa:

—Tienes que ser golosa, chorrear la baba por un “chupete”, —me repetía Alfonzo en los ensayos.

Segundo, tenía que mandarle la mano en la entrepierna a mi compañero. Lo cierto es que se trataba de darle rienda suelta a los apetitos sexuales de los adolescentes e indicar algunas de las exploraciones, posiciones del amateur. Con ello, el director pretendía dar a conocer los atavíos y prejuicios en la sexualidad adolescente:

—Así son; niéguenlo ustedes, que son pubertos; ¿cómo no va a estar esto convertido en un paridero, si los adultos no los dejan chulear tranquilos?, —afirmaba algo airado el viejo.

Los ensayos de Alfonzo eran de otro mundo, la exigencia respecto al cuerpo era ineludible. Recuerdo un día en el que planeamos un encuentro de entrenamiento en las afueras de la ciudad:

—Lleven ropa cómoda y comida, —nos dijo. El encuentro se realizó en el descenso al río; primero, como era habitual, estiramos el cuerpo:

—El cuerpo es un caucho, un resorte; ¿han observado cómo se les estira la panza a las mujeres en el embarazo? Entonces, no se quejen; vamos, con fuerza, —decía, mientras ejercitábamos la respiración pausada y profunda.

Todo el día la pasamos en el río:

—En la mañana entrenamos, en la tarde fumamos y nos relajamos; en la noche, volvemos a entrenar, —insistía el director.

Armamos una vieja carpa del ejército, que Alfonzo conservaba de su padre; cuando ya estaba completamente oscuro, salimos de la carpa, encendió un cigarrillo de yerba y nos hizo dar una única aspirada:

—Suficiente para el ejercicio, —dijo. Nos recostamos en la hierba y no permitió que cerráramos los ojos, porque estaba demasiado oscuro; ni siquiera palpitaba una estrella. Rápido empecé a descender por el oscuro firmamento y a seguir cada una de las palabras de Alfonzo; el firmamento era un manto inmenso, donde me podía deslizar; era como si me encontrara en el pabellón de una trompeta, en la que al otro lado se encontraba Louis

Armstrong tocando *Hello Dolly*. Ascendía, descendía, caía en las notas, en el firmamento, en la oscuridad, en la trompeta de Armstrong.

—Intentemos descender, —oía que llegaba en la voz del director, que se acercaba y se alejaba; lentamente, su voz nos guiaba hacia la suave hierba:

—Desciendan con cuidado, —decía Alfonzo. Al llegar al nivel de la llanura, sentí que la tocaba despacio, con un pie primero, luego el otro; nos recostábamos suavemente; ahora parecía que me posara sobre los coros de *I Can't Stop Loving You*; con suavidad iba recayendo, despacio, lento; mi cuerpo recaía en pausa sobre la hierba, que me admitía en sus delgadas fibras de seda. Al estar mi cuerpo en un plano horizontal, sentía cada filamento de hierba que se bifurcaba sobre él, el brazo, la pierna, las manos, la cabeza. Las hebras sobresalían por todo mi cuerpo, lo cubrían en su totalidad; no me resistía, dejaba que la hierba me llevase a la morada, al núcleo, a la guarida de la vida.

El color verdáceo de la hierba se esfumaba y el color a tierra aparecía; ahora, sentía que cada terrón se exfoliaba por todo mi conjunto de órganos, arriba, abajo, a los lados; mis manos sentían cada grano de tierra, el olfato percibía el olor a humedad; mis oídos, cubiertos, oían cada deslizamiento de la gramínea:

—Regresemos, —oía la voz de Alfonzo, que sacudía mis sentidos, uno a uno de los terrones, los oídos, el olfato, las manos. Quitaba cada una de las hebras de hierba que se habían ramificado, la tierra me arrojaba y de nuevo me encontraba en la superficie. Respirábamos profundo, oíamos el río, el viento que atravesaba cada hoja de árbol, las hojas que caían, las hojas que se llevaba; imaginábamos que éramos hojas, el viento nos desprendía, nos llevaba a voluntad por todo el lugar, caíamos al río.

Una vez en el río, la hoja se iba transformando en barca; me sentía más pesado, pero seguía flotando, las aguas me arrastraban hasta la orilla, allí chocaba y la orilla me devolvía a la corriente. Las piedras eran crueles: algunas filosas, otras interferían el paso, me estancaba, hasta que otra corriente me hacía seguir a través del cauce.



## 13

Corre límpida la mañana del sábado en que los rastros de plantas inciden en los viejos caminos rocosos cubiertos de pasto; espero a Poncho en la esquina de la bomba, el viejo no llega; me pregunto si alguna pizca de abatimiento habrá caído sobre él...: ¡qué va..., el viejo no es así!; seguro está rogándole a la mamá que le regale unos centavos. Sigo esperando, cadenas de buses y automóviles se deslizan a cada lado, arranca uno, arranca otro, melodías destartadas concurren a sus chorreantes chimeneas de humo negro, que hiede a metales podridos, a elementos acuáticos que se van descomponiendo a través del cielo.

Al fin, llega el viejo; trae botas pantaneras y un maletín cargado:

—Poncho, —le digo—, parece que te vas de pesca.

El viejo sonrío y me dice que apresuremos el paso:

—Caminá, marica, que mi madre no quiso regalarme ni un peso. —Al imaginar la dilatada caminata, me apresuro tras él; se detiene en el paradero a levantarle la mano a una camioneta; el conductor lo queda mirando y sigue sin remordimiento. Seguimos caminando; los autos pasan muy cercanos a nosotros y los aires que conllevan tienden a derribarnos. El viejo le tiende la mano a una vieja Ford, que parece que trae rocas de hierro en los neumáticos; con lentos traqueteos, se va deteniendo y el conductor hace un gesto por el retrovisor para que nos subamos; corremos, nos trepamos, subimos.

Poncho guarda silencio durante el recorrido:

—Aquí nos quedamos, —dice el viejo, mientras golpea la cubierta del carro. Nos bajamos y descendemos rápido por un camino de a pie. Caminamos montaña abajo; nunca había llegado a este lugar; el viejo dice que ya lo conocía, pero que no sabía que existieran plantas maravillosas en él.

Mientras descendemos, me cuenta historias de algunos escritores que utilizaron plantas alucinógenas para sus creaciones literarias: que un tal Thomas de Quincey escribió un libro, en el que confesaba los pasionales deleites del opio, pero, también, la irritación temible de lo nocivo que había llegado a ser; que, más tarde, Charles Baudelaire escribió sobre el vino y el haschich, al inspirarse en los rumiantes viajes del comedor de opio; que un tal Henri Michaux, que el llamado Walter Benjamin, etc, etc, etc...; que, recién, un hippy había escrito una novela a punta de LSD; que los *beat*, que Burroughs, que Ginsberg, que Faulkner, dicen que hasta de pronto, pero del que no tenía dudas era de Poe, al que también

le gustaba aletargarse. Toda esa banda de escritores se metió algo, pero que se metían, se metían. El caso, ahora, era que la yerba que íbamos a buscar le entregara algo al viejo:

—La mariguana me ha servido de acicate todos estos años, me ha entregado algunas obras, pero de la que estoy seguro me entregará mi obra maestra es esta, —decía Poncho.

A mitad de camino, según el viejo, sacó una cantimplora llena de jugo de limón sin azúcar, tomamos varios sorbos y continuamos; entusiasmado, el viejo caminaba cada vez más rápido; empezó a correr y el maletín se sacudía hacia arriba y hacia abajo; saqué la carrera en el intento de alcanzarlo, pero el viejo se detuvo, se estiró en el piso y empezó a reír como loco, alucinado, como si la vida nadara en mierda, como si ya no hubiera nada que hacer, que lo que fue ya fue...

Al incorporarse, desgastado por las carcajadas y halados del hambre, sacó unas arepitas de harina con mantequilla; me dijo que se le había olvidado preguntarle al abuelo brujo que si se podía comer algo antes de montarse en el viaje. Nos reincorporamos al paso; con la andorga llena las cosas se atisban de otra manera; las rocas que dejamos tras el camino eran inmensas, se incrustaban en la tierra de la montaña. Entonces, recordé una historia que mi abuelo me contó cuando niño.

—Oye, Poncho, ¿sabe si es verdad que en estas piedras se aparecía el diablo? —El viejo se quedó pensativo y extravió la mirada hacia las inmensas rocas.

—Por ahí anda la historia que, en un tiempo, los avaros abuelos bajaban por acá a hacer pacto con el diablo; dicen que todos los millonarios de la ciudad pasaron por el lugar: el dueño de la planta de leche; don Giordi, el prestamista; algunos dicen que un fotógrafo famoso le debe su celebridad a la lengua del chivo; aaaaaaaah y, claro, me olvidaba, el dueño de la bomba, —me cuenta el viejo.

—Pero ¿cómo, viejo Poncho; cuente cómo?...

—El cuento me lo echó mi papá. Hubo un tiempo en que la escasez arrasó con todo su esplendor; la llegada incontrolable de comerciantes foráneos los ponía a comer mierda a los pies de ellos; los únicos que tenían prósperos negocios eran ellos; se jactaban bebiendo en los antejardines de sus casas, comían bien, bebían bien, tenían bien a sus mujeres. Un día, uno de los empleados se cansó de ser subordinado y decidió hacerle una visita a una vieja bruja, que tenía fama de ser moza del diablo; cuentan que cuando el hombre llegó a la casa de la vieja, algo grande salió por la ventana; la vieja, asustada, jadeante y sudorosa, hizo seguir al hombre y le dijo que ella sabía lo que andaba buscando y, como buena bruja, le dijo que con mucho gusto le iba a ayudar si repartían todo mitad por mitad; el hombrecillo aceptó.

—Para lo que vamos a hacer, tiene que ser un varón, todo un hombre, —le dijo la vieja.

El hombre tenía que bajar a las doce de la noche hasta acá, meterse en una cueva en el otro lado del río, quitarse la ropa, ponerse de rodillas dando la espalda a la entrada de la cueva y esperar a que el diablo llegara:

—Va a escuchar un ruido estrepitoso, como si se acabara el mundo, como si cayera del cielo un rayo; ahí es cuando el diablo ha aterrizado. —Le dijo que lo aguantara, que se estuviera tranquilo, que no se le ocurriera mirar hacia atrás; que poco a poco el desterrado se iría convirtiendo en chivo y, de la misma forma, lo iba a ir lamiendo; esa era la insignia de que el pacto se había establecido:

—Cuando esté completamente cubierto de saliva, el chivo, despacio, saldrá de la cueva y usted tendrá su pacto.

Desgajada en delgadas puntillas la traslucida mañana se iba consumiendo; uno a uno nuestros pasos se acercaban al abismo enfundado de agua; el viejo se quedó mirando desde la orilla unos pequeños cactus, que colgaban desde el risco:

—Son esos, —dijo el viejo; para llegar hasta ellos, la trepada y la acrobacia serían de otro mundo.

Pasamos el río por sobre un viejo tronco resbaladizo. Atados los cuerpos con sogas de arnés al tronco, recorrimos suavemente el paso del río, primero Poncho, luego yo; cuando nos encontrábamos cerca a la orilla, al viejo se le resbaló una pierna y quedó colgado únicamente de las manos y empapado la mitad del cuerpo; Poncho hacía fuerza por incorporarse, logró subir una pierna y después la otra y, luego, continuamos lentamente. El agua, el río, la hierba, el peñasco, el *rumiyuyo*.

Ahora, parecíamos dos avechitas mojadas, pájaros burlones empapados el trasero, loras mojadas, urracas parlanchinas mojadas la lengua; nos secamos un poco con una toalla desteñida, hicimos lazos en la punta a cada cuerda y empezamos a intentar desgarrar la hierba de la peña, pero todo parecía inútil:

—Creo, viejo, que tenemos que subir hasta donde está la planta o, mejor, dar la vuelta a la peña e intentarlo por arriba.

—No, marica, —decía el viejo, empapado de sudor. Lazo arriba, lazo abajo, quedé sentado, mientras veía que Poncho lo intentaba una y otra vez. Luego, con rabia e impotencia, el viejo se sentó junto a mí.

—Viejo, Chucho, el *Rumiyuyo* es pura mierda; es imposible bajar la mata de la piedra y yo que pensaba que, por fin, había encontrado la yerba que me soplara al oído la composición de letras más extraordinaria del universo, ¡santo Baudelaire!, ¡santo Ginsberg!, ¡santos

nadaístas! ¡Todo se acabó!, ¡todo se acabó!, ¡no se puede!, ¡no se puede!, —refunfuñaba el viejo, mirando al cielo.

En silencio, veía que Poncho maldecía al cielo y al infierno, a los indios, al brujo del mercado, a su suerte, a haber nacido en la infinita lejanía de las letras. Nos levantamos, tomamos sorbos de limonada y seguimos lanzando lazos, para tratar expansivamente de pescar la yerba. Las aves parecían que nos observaran, algunas se asustaban cuando veían que sacudíamos las sogas como serpientes en el cielo; al parecer, llevábamos más de media hora intentando cazar la planta, desde la segunda vez; volvió a intentar la llegada con la sogá hasta la mata, dejó la sogá suspendida, se cansó, se tiró al piso:

—Intentémoslo más tarde; dejemos que pase la mala hora. —El viejo se quitó lo que llevaba puesto y se tiró al río; a mí, nadar no me gusta, me da miedo; sobre todo, la violencia con que se agita el río; parece que la caldera del diablo estuviera en el centro y diera botes. Al río me gusta mirarlo, sentirlo con las manos, cerrar los ojos y oírlo, pero nadar, ¡ni por el Putas! Cuando era niño, caí a una piscina y, desde entonces, cada vez que veo agua, la siento como invade bélicamente la nariz, los oídos, abrumadora me ciega los colores de la luz por unos tenebrosos, entre petróleos azules con verde oscuro de resbaladiza baldosa.

Poncho sale del río y vuelve a halar la sogá, que estaba suspendida de la peña, sin que hiciera caída.

—Lo que nos faltaba, se atascó la hijuemadre, —maldice el viejo. Intenta con fuerza, pero la sogá se resiste; vuelve a intentarlo y nada; se aferra con todo su cuerpo a la cuerda y da varios tirones, pero parece ser que la sogá se atascó entre piedra y piedra; al final, Poncho se rinde, baja los brazos y mira al cielo; se sienta; los pómulos intentan detener algunas lágrimas; vuelve a incorporarse, hala la sogá y se columpia:

—Al menos, tenemos columpio. —Se balancea a un lado y a otro, hace movimientos circulares, parece un péndulo colgado del cielo; se balancea con más fuerza, la sogá se suelta y Poncho cae de bruces, la cuerda cae y trae consigo cuatro frescos cactus:

—¡Estaba entre la hierba!, ¡la sogá estaba entre la hierba!, —gritaba el viejo, entre carcajadas. Una vez recuperado, se vistió rápidamente, tomamos nuestras cosas y salimos del lugar.

# **TERCERA PARTE**

## 14

Una docena de meses pasan en la vida de Dally; la pasada noche le prometí, después del ensayo, congratularla como se debe; y ¿cómo se debe?, como se bebe; ir de metedero en metedero, de bar en bar; después del bar, la calle, la ciudad, boca abierta la ciudad, abiertas sus entrañas para surfear por cada una de las pseudo-avenidas, entreabiertas avenidas por medio de los potreros con sustantivos escandalosos, bautizadas con el nombre del político que hizo minga un domingo en la mañana.

Salimos de la casa de Poncho y nos enrulamos por las venas grises de la ciudad, con los rostros repletos de dicha, como si fuéramos al último concierto de nuestra banda favorita; Franco enciende un Pielroja, le enseña a Dally a hacer círculos con el humo; me invitan a fumar, hago suaves aspiradas y libero el humo mirando al cielo; nunca me había sentido tan enorme como esta noche:

—La noche es nuestra, pelados. —La Calle del Miedo nos da la bienvenida; entramos al *Rock and roll all night*; lo de siempre, una jarra de cerveza y nuestras canciones favoritas; la jarra no da un brinco, vamos entrando en calorcito; a Dally se le nota lo contenta, se levanta los vasos con necesidad, quiere ahogar los años con cerveza; suena *Runaway*; el intro, con el piano y las punzadas con la guitarra, invita a levantarse de la mesa; recuerdo a Iris, en este mismo bar, con la misma canción.

Dally se ha convertido en una pequeña fugitiva, *Ooh, she's a little runaway*; la nena ya forma parte de nosotros, los *filipaidos*, los amigos aprendices fraternos, como nos llamó Poncho. La muchacha pide otra jarra de cerveza y nos la convida de boca en boca: fondo, cerveza, cerveza, fondo; la espuma toma vía directa por la nariz; estornudos, cerveza, espuma, risas.

Tun, tun, tunnnnnnn. Tun, tun, tunnnnnnn, suena *Child in Time*, de *Deep Purple*; todo el mundo se levanta de las mesas con una copa en la mano y...

*Sweet child in time  
You'll see the line  
The line that's drawn between  
Good and bad.*

Somos niños suspendidos en el tiempo; la nena que empieza a vivir, a trazar líneas entre el bien y el mal. Todos esperamos con ímpetu el oooohhhhhh, oooooohhhhhh, aaaahhhhhh,

que llega con estruendo; las desafinadas voces se levantan; no importan la tonada, la estructura o la escala:

—Lo importante es el grito, pelados; el grito es nuestro himno; gritar queremos, frente al rector, al profesor, el policía, los padres. —Se termina la canción; las diez, las once, las doce.

Dally sale a tomar aire y un pelado sale tras ella; con Franco, pedimos más cerveza; le digo que estos “parches” me recuerdan a Iris; a los años que han pasado cuando éramos como Dally: recuerdos, recuerdos, recuerdos, un saco de recuerdos llevo cargado.

Mientras rememoramos canciones, lugares, los pelados contiguos han empezado un alegato: tres mechudos tienen acorralado a un punketo. Puerta afuera encontramos a Dally enganchada a un pelado; bajan las cortinas del bar y empezamos la peregrinación en la calle; el pelado se pega con nosotros, Dally parece estar muy contenta.

Nos parchamos en una esquina; la dialéctica sinestesia entre el frío de la madrugada y el calor del guaro nos increpan el cuero; conversa va, conversa viene: que el bar, que la banda, que vámonos de acá, porque los tombos joden mucho. Descendemos por la avenida y nos parchamos en otra esquina; sentados en fríos andenes, los tragos hacen efecto; Dally se agasaja con el pelado, Franco los mira con recelo, no quiere dejar sola a la nena; le digo que fresco, que todo bien, que la nena ya aguanta; la pelada se acerca hasta nosotros y nos tiende de a pico:

—Son como mis hermanos, —dice la pelada y se regresa con el tipo; en esas llega Calibre 38, personaje insignia de los metaleros; llamo a Dally y se lo presento. Calibre 38 es de aquellos tipos que caen de parche en parche, todo el mundo lo conoce y con todos se embriaga; algunas veces le dicen “38 corto”, por su estatura:

—Chiquito, pero soy candela, —dice; de allí el sobrenombre.

Es tanto el incendio que produce el tipo, que le robó a su padre ya fallecido. Cuentan las lenguas largas que, al estar en el velorio del padre, espero a que todos se fueran para robarle el vestido y los zapatos; le puso un vestido viejo y le echó clavos y martillo; al día siguiente, se apretó al féretro como babosa, mientras pegaba falsos relinches y no permitió que nadie se acercara, hasta llegar al cementerio.

—El vestido lo cambié por un maduro y con los zapatos pagué una deuda pendiente, —dice, cuando le preguntan por la desdichada osadía.

Al Calibre lo conozco desde el colegio; el pelado es de buena familia, el tío es el dueño de la bomba; yo estudiaba en la improvisación de un colegio que ya no existe, él estudiaba con los Maristas; es el último de cuatro hermanos, todos profesionales; Calibre es la oveja

negra, lo expulsaron de la universidad por pertenecer a grupos subversivos; además, había hecho de las residencias universitarias un bazar de marihuana; cuando llegó nuevamente a la ciudad, la familia se encargaba de él, hasta que se cansaron; la madre murió y los hermanos no le dan plata, porque toda se la fuma; una vez, se encerró en su cuarto toda la semana con un parche de blackeros; cuando el padre derribó la puerta, estaban todos desgonzados por el trago y las sustancias; la pantalla de un Goldstar de 14 pulgadas proyectaba películas XXX.

Se termina el alcoholcito, Dally está muy ebria; nos dirigimos hacia las puertas verdes, a comprar más trago:

—Por allí queda mi casa, déjenme por allí, —balbucea la pelada—; el mancito me dio el número, yo le di un número equivocado, —dice la nena.

—Ya va aprendiendo; unas saliditas más y está lista para la U pública en la capital, le recalca Franquito. —Allí nos dice que ya no hay tiempo, que suficiente instrucción, que viaja en tres semanas. La nena va estudiar cine y televisión, tiene madera para ello; toma nuevas rumbos nuestra única actriz; la pasamos dejando por su casa y nuevamente nos enrutamos a la calle; conversamos con Franco sobre el porvenir del grupo y de nuestra eterna actriz.

La escarcha de la madrugada cae fuerte sobre nuestras inciertas vidas; le cuento a mi viejo amigo que el mes siguiente hay un encuentro de teatro callejero en la frontera, que nos vayamos echando dedo y que presentemos la *Inmolación de Poncho*; de todas maneras, los políticos y su avaricia con las artes es igual en todos lados:

—Viejo Chucho, también tengo que viajar, —me suelta Franco, descarnando el ánimo.

—¿Y eso, Franquito?, —le pregunté, desorbitado.

—Mi papá, viejo Chucho. El viejo quiere que produzca, —continuó diciendo sin mirarme.

—¿Y hacia dónde emigras?, —le pregunté nuevamente, entre airoso y triste.

—¿Has notado que, en toda la ciudad, hay chapolas y panfletos, en los que ofrecen trabajo? El otro día llamé y me dijeron que necesitaban jóvenes para cultivar flores, en otra ciudad, —me dijo, inseguro.

—Me parece, amigo, que el porvenir de la persona que más sabe de *jazz* y literatura que he conocido no está recogiendo florecitas.

—De pronto y escribo una novela sobre mi experiencia con el viaje y con las flores, —me soltó Franco, con leves sonrisas.



Seguimos caminando; después de la conversación, invadido por los tragos, le di un abrazo y lo invité a una botella, eso sí, de agua de fuego, un trago artesanal que vende mamá España, en las afueras. Zascandileando por la carretera, rumbo a rumbo, una última parada en la tienda de mamá España. En vía contraria veíamos pasar los camiones cargados de racimos de plátanos, que llegaban de tierra caliente; ya debían ser las cinco y treinta de la mañana, pues los colegiales empezaban a salir de sus casas, protegidos con un arsenal de bufandas, en el intento de evadir el despótico frío.

A pesar de la incontinencia de voces y palabras que produce la ingesta de alcohol, guardamos silencio; nos debía faltar como un kilómetro para llegar; le brindo el último trago, Franco levanta la botella con ansias, encendemos un Pielroja y tomamos asiento a la altura de un sumidero de agua; Franco recuerda el día en que me conoció “teatrando” con Poncho frente a la Gobernación; toma el último trago y estrella con rabia la botella vacía en el asfalto de la vía:

—¡Todo está podrido, todo está podrido; todo se pudre, todo se acaba!, — exclama mi amigo, mientras aspira su Pielroja. Levantamos la mano a un camión, que se detiene; nos trepamos y la vieja máquina nos acerca el kilómetro restante.

Cuatro borrachos anteceden la compra del agua de fuego; antes, las botellitas en las que vendía las reciclaba de jugos de fruta, de agua, de gaseosa; ahora, mamá España va progresando, va entrando en lo moderno y compra sus propias botellas y su propio corcho; ya tiene su propio sello. Compramos dos botellitas y regresamos a la ciudad; invité a Franco a mi casa; a esa hora ya debía estar mi abuela sola, pues mis tías trabajaban de ocho a seis; pasamos a mi cuarto, encendimos la casetera con algo de *rock* pesado, *heavy metal*, la evolución del *rock and roll*, la herencia que dejaron *Deep Purple*, *Led Zeppelin* y *Black Sabbath*. La voz de Rob Halford deriva lo que nos quedaba del corazón:

*What have you achieved now you're old  
Did you fulfill ambition, do as you were told  
Or are you still doing the same this year  
Should I give sorrow, or turn 'round and sneer*

No sé si seamos del montón, al intentar tanto tiempo no serlo y pretender llevar la vida en reversa; no sé si seamos del montón. Franco se cansa de esta música, toma un casete de Miles Davis y se eleva con la resonancia; personalmente, me gusta más la musicalidad en estruendo. De casete en casete, se terminan las botellitas; Franco se acurruca con el sonido del saxo y el clarinete; el agua de fuego cumplió con su misión.

Los chillidos de mi tía se confunden con el sonido que sobra de la casetera encendida:

—¡Huele a trago, huele a trago!, —y, con un estruendo, una de mis tías derriba la puerta, despierta a Franco bruscamente y lo saca de la casa; le digo que me voy con él; al principio

no me deja salir, intenta retenerme en la casa, pero logro escabullirme; me insulta, me recuerda que no tengo oficio, que soy un desocupado, un ebrio que intenta ser artista, teatrero, poeta...:

—¿Qué más, tía?, ¿qué más? —Alcancé a Franco en la esquina, metimos las manos en los bolsillos, ningún centavo, de modo que acordamos que pasaríamos por la casa de un amigo, empleado de la bomba, que siempre tenía dinero, nunca le hacía falta. Con lo que nos prestó el viejo Donald, alcanzó para más agua de fuego; había que volver a atravesar hasta lo infinito de la vía; Franco se desanima y dice:

—Mejor frizz; mejor frizz, frizz. —Frizz, entonces. Nos acercamos hasta una tienda, pedimos los materiales y lista la mezcla. Frizz le decimos a la bebida que simula el resultado en el cabello cuando no se utiliza crema de peinar; la bebida nos deja cabezones, nos estalla la cabeza con su voltaje. Caminamos hacia los bares, la noche está temprana, ni un solo amigo; esperamos a que abrieran, tomamos sorbos de frizz y la borrachera no quiere abandonarnos.

Abren el *Rock and roll all night*; Franco me devuelve la botella y entra al bar en busca del baño; lo espero afuera, mientras descarga su necesidad; voy camino hacia la tienda, en cacería de un Pielroja; cuando intento sacar unas monedas, oigo una fuerte voz a mis espaldas:

—¡Contra la pared!, —me ordena un militar. Separa bruscamente mis piernas con la culata de su fusil; mi reacción es trastrabillar por la borrachera; me toma del cuello y vuelve a ponerme en posición de requisa; luego, me da la vuelta:

—¡Documentos!, —vuelve a ordenar; le paso la cédula.

—¡Cédula y libreta militar!, —pide el tipo, airado.

—Libreta en trámite, mi general, —le contesto, mientras me tambaleo.

—¿Por qué no ha definido su situación militar?, —pregunta, con fuerte voz de mando. Antes de contestarle, le ordena a su séquito que me lleven al camión. Me toman dos de ellos de los brazos y me arrojan al fondo de un viejo Abir M-462. En el camión se encuentran cuatro pelados más.

—¡Qué tremenda racha, amigo mío! Hoy es el último día de batidas, —según oímos—, hacen falta siete pinches soldaditos y, con usted, ya estamos cinco, —me dice uno de los pelados. Logro incorporarme por el enrejado del camión.

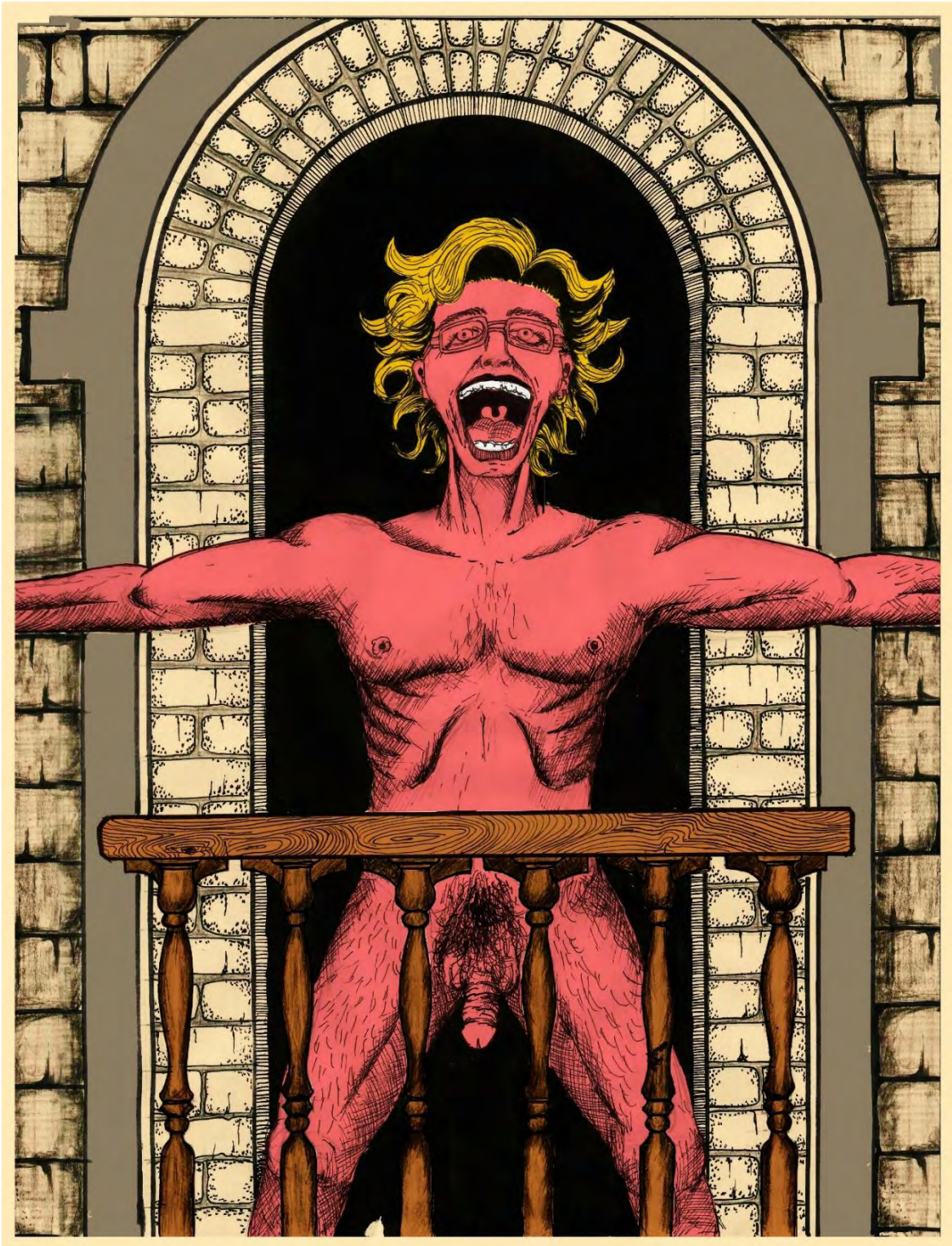
—Mi tarjeta militar la dejé en la casa, —dice uno de los retenidos, sin preocupación. Tampoco me preocupa la situación; deben ser los efectos del alcohol los que me dan la

gallardía; lo que me mortifica es que Franquito saldrá del bar y va a inquietarse por mi ausencia.

## 15

El estruendoso estribillo de ecos mecánicos estalla terriblemente sobre la atormentada crisma; la amalgama mineral-natural desencadena barrotes de insensatez lúbrica.

El poseso, en desabrigo de ajuares, grita desde su balcón la invocación a Dionisos; los parlanchines rodean el lar del alucinado; el forcejeo contra la cordura cae derribado.



**Figura 5.** Alienación.

## 16

El espectáculo parece que empieza cuando una señorita de blanco me lleva hacia la ducha, me quita la bata névea, empieza por emparar suavemente los dedos de los pies, sube por las rodillas, los genitales casi ni los toca, es un poco recelosa y eso que me encuentro añoso; el róbalo, de lo inquieto que fue un día, se acurruca asustado, nervioso, inservible, creo; es, tal vez, las pastillas que me están metiendo.

La enfermera me roza el pecho con un guñapo viejo, me limpia el cuello; no toca el pelo:

—¡Qué le ha pasado a mi pelo! —Siento la cabeza fría; el cabello no había pasado por mano de peluquero desde que estaba en la universidad; un día, en Semana Santa, presentamos, con el grupo de teatro, una adaptación de la muerte de Cristo, y mi pelo llegaba a la cintura.

El último resquicio de memoria que tengo es cuando preparaba el *rumiyuyo*; después de la ingesta, los sonidos metálicos inundaron como avispones los oídos; ese zumbido tiritón, finísimo, que aún siento que atraviesa la cabeza.

—Señorita, hace cuánto tiempo me encuentro aquí, —pregunto con una voz que casi no quiere salir. Los sonidos empiezan a agudizarse, el aire es escaso; me inclino sobre la enfermera, que grita y pide ayuda; me tiende sobre el piso del baño y, rápido, llegan unos auxiliares; entre todos, me levantan y llevan mi inmóvil cuerpo hacia una camilla; me aplican unos medicamentos y lentos letargos empiezan a despedirme de la sobriedad del mundo.

Desde los ejes chillones de una desgastada silla de ruedas observo la llegada de otro paciente a la Nave de los locos; se le acercan dos enfermeros en busca de su brazo, para tomarle la presión; lentamente, lo llevan a la oficina del siquiatra que, a la vez, hace de director y conductor de la nave. Giro con cautela las llantas de mi prótesis hasta fuera de la oficina y alcanzo a captar, en tonos bajos, las preguntas del director del sanatorio.

—¿Cómo te llamas? —Es la primera pregunta que le lanzan al paciente como un anzuelo, en la infinidad del mar, para llevarlo a bordo.

—José Andrés, —responde el muchacho.

—¿Edad?, —el muchacho guarda silencio.

—Veintitrés años, doctor, —contesta su acompañante.

—¿A qué se dedica?, —pregunta el director.

—Estudiante, —le dice el muchacho, tímidamente.

El director sigue preguntándole: que si sabía porque estaba allí; el muchacho enmudece y el acompañante responde que por intento de suicidio.

—Por favor, sigan el protocolo para estos casos, —les dice el siquiatra a los enfermeros.

Salen, requisan al muchacho: le quitan los cordones, los zarcillos que lleva en sus orejas. Los dos enfermeros llevan al muchacho a una habitación, mientras el director se queda con el acompañante para terminar el papeleo:

—Firme aquí y acá y tráigale la ropa necesaria y los implementos de aseo.

Durante estos días en el lugar, me he dado cuenta que a los pacientes que llegan en estado de conciencia los ubican en grupos de cuatro personas; a los que llegan sumergidos en la enajenación, en una habitación individual, vigilados las 24 horas por cámaras de seguridad; las cámaras se han ubicado en cada esquina de la habitación; además de las cámaras de seguridad, los enfermeros se la pasan mirando y apuntando minuciosamente cada proceder de los pacientes.

Cuando los pacientes que hemos permanecido en habitaciones individuales hacemos algún avance en la recuperación, nos remiten a una grupal; he hecho algunos avances; tras el estado de inconciencia en el que me remitieron, colaboré con la toma de mis medicamentos y la participación en actividades con trabajadores sociales, lo que aportó para que ahora me encuentre acompañado; la única falta que he cometido, más bien una imprudencia de mi parte, fue esta mañana.

Hoy en la mañana no quise salir de mi cuarto; me parecían detestables las conversaciones de grupo: que buenos días, cómo están:

—¿Alguien quiere compartirnos su estado de ánimo? —Al negarme a salir de mi cuarto, rápidamente llegó un enfermero con su libreta en mano a preguntar la causa de mi ausencia a la sesión; le comenté que había leído el teatro de Sartre, además de Foucault, Artaud y Nietzsche y no me parecía nada simpático lo que se hablaba en la sesión; el joven enfermero apuntaba en su libreta con una rapidez sorprendente; llamó a otro auxiliar para que se encargara de mí y salió corriendo hacia donde el director: todo lo cuentan, todo lo apuntan, todo lo chismean, todo lo andan parlotando; ¡bienvenido, amigo mío, al omnipresente ojo de Dios!

Más tarde, volví a mi cuarto; en una de las camas se encontraba el joven al que apenas habían admitido; acomodaba su ropa en un estante que le designan a cada paciente; se recostó en la cama, giró su cuerpo hacia el rincón y empezó a llorar:

—Llora suavemente, —le dije—; es posible que te oigan y en solo un momento tengamos la habitación llena de gente de blanco.

Ahora, llegan los otros dos compañeros; uno de ellos le dice que no le gusta el llanto; que lllore más despacio, sin sollozos; le pasa una toalla, le indica que se cubra la boca; al otro no le importa, se recuesta en su cama y cierra los ojos. Al parecer, el joven dejó de llorar, parece dormido.

Pienso en mi salida de este matadero; creo que no hice bien al negarme a ir a la sesión y, más aún, las palabras que le dije al enfermero no fueron de ayuda, pero ¿qué le voy a hacer? Sartre me encanta, fui existencialista; todos los jóvenes de mi generación leíamos a Sartre, que se deslizaba por las venas de Suramérica.

A las cinco y treinta de la mañana, como era lo habitual, nos levantaron a las duchas; el muchacho camina con trastrabillados pasos delante de mí; lleva unas tremendas botas militares, sin cordones; al parecer, sus allegados no le han traído sus implementos:

—Espera un poco más; hoy es jueves y los jueves son días de visita. —Después de la ducha, antes de salir al comedor el joven me pregunta por la posibilidad de hablar con sus padres, ante lo que le respondo con una negativa, debido a su reciente estadía; el joven dice que no importa; que, de todas maneras, piensa hablar con el enfermero para hacerle la petición.

Cuando el joven se acerca hasta los controles de la nave, donde casi siempre se encuentra un enfermero, que tramita papeleos, uno de los encargados de la seguridad se le acerca.

—¿Necesita algo? —El joven le contesta que sí:

—Necesito hablar con mi madre, —le responde. El enfermero de guardia le explica que no está permitido.

—¿Cuándo podrán visitarme?, —le pregunta el muchacho.

—Quince días después de la llegada, —le contesta el enfermero y lo retira del puesto de control.

—¿Cómo quiere que permanezca quince días con estas botas, sin cordones?, —interroga el muchacho, molesto. El enfermero le dice que esas son las reglas y que sus padres debieron de haberle llevado lo necesario; el joven sacude su pierna con fuerza hacia adelante, la bota sale despedida y cae en los controles de mando de la nave; el enfermero que siempre llena papeleos da una orden con la mirada, el enfermero de guardia somete al joven, la alarma despide llamadas de código rojo; el joven grita, patatea, se arrastra.

Este agujero es la bóveda inclemente que roba los sueños; mi abuela, afuera del cuchitril, reclama por mí a los oficiales; ¿qué dirá mi pobre abuela?: que no estoy en edad para servir a la patria, que tengo pie plano, que mido uno con cincuenta y nueve; lo cierto es que la hora de servir a la patria parecía haber llegado.

Un tal cabo Cruz me tiene sometido; la noche anterior, llevó a que un compañero de la Costa me incitara a la trifulca; lo sé, porque, junto a los alojamientos donde pernoctamos, se encuentra una comitiva de soldados profesionales; con ellos he tenido una buena relación; uno de ellos, Bedoya, fue el que me alertó sobre el cabo Cruz:

—Ese cabo es una gonorrea; lo miré dándole la orden al negro para que te encendiera, — me dijo. Desde que llegué, el cabo me la tiene montada; por el largo de mi cabello, se la pasa cambiándome de género, me insulta y apuesta a los demás que me llevará a comer mierda al campo de entrenamiento:

—En seis meses, vuelvo varón a esta señorita, —ha dicho. Hoy se dio cuenta que es mi abuela la que se la pasa llorando en el Distrito, para que me retiren del reclutamiento:

—Ni por el Putas te saco de aquí; el lunes te llevo con el peluquero, —me dice, y ordena que limpie las letrinas.

Después de limpiar letrinas hasta las diez de la noche, al día siguiente el cabo me levantó a las cuatro de la mañana a barrer y recoger hojas de los árboles; para el desayuno, le dice al cocinero que únicamente me sirviera chocolate, sin arepa.

La estancia en el lugar me deprime totalmente; la ausencia de libros, la falta de mi abuela, de mi casa, de Poncho, Franco, Dally, la gran biblioteca, me somete al quebrantamiento; no puedo creer que voy a tener que vivir dieciocho meses así.

Después del desayuno, me envían a limpiar los alojamientos de los soldados profesionales; le cuento a Bedoya lo sucedido, por lo que saca de su equipo unos panes con mantequilla y me los ofrece; me los como con ansiedad. Bedoya me advierte que la posibilidad de salir es escasa; antes de nuestra llegada, a una patrulla de dieciocho hombres la emboscaron; dieron muerte a siete soldados, los demás resistieron hasta la llegada de una patrulla de soldados profesionales; por su heroísmo y resistencia, la salida se les hizo cercana. Este suceso fue la causa de las batidas inesperadas, ya que necesitaban que esa patrulla se restableciera.



La noticia apaga el poco fuego de esperanza; mi permanencia aquí es inminente. Mi abuela se morirá de la tristeza: primero, la muerte de mis padres; ahora, la ausencia de su único nieto; a mis tías no debe importarles, pues muchas veces decían que la disciplina cambiaría el rumbo de mi vida.

Mientras limpio el alojamiento, Bedoya me cuenta sobre su estancia en el ejército y su decisión de seguir como soldado profesional; me dice que los primeros seis meses de entrenamiento son los más fuertes; que, después, uno tiende a acostumbrarse; él, por ejemplo, ya no aceptó la vida civil; ya llevaba nueve años de “profeta”, como ellos se llaman:

—Una vez se termina el servicio militar, uno se queda sin rumbo; la única oportunidad que se presenta es seguir en el ejército; no es tan malo, pagan bien, esa platica alcanza para mandar para la casa y para las puticas, —dice sonriendo.

Mi mamá y un familiar han venido a visitarme; es la primera vez que recibo visitas; ansiaba este momento, para pedir una explicación de mi estancia en la Nave de los locos; mi madre, apenas me mira, se deshace en llanto; me pregunta que cómo estoy, cómo me tratan, cómo es la comida; le digo que todo está bien, pero, por favor:

—Díganme, ¿por qué me trajeron? —Mi madre me dice que, cuando llegó de la catedral, la gente redondeaba la casa y que yo, desde el balcón, gritaba aturdido y desnudo:

—¡La desnudez no es pecado, es virtud; soy Dionisos!... —Le cuento a mi madre que estoy bien, que he estado mejorando:

—Sácame de aquí, por favor, —le pido, y le explico que no me dejan leer, ni siquiera tener un lápiz y un papel me permiten:

—Es desagradable para mí, mamá, estar todo el día haciendo jueguitos, contemplar la cara de quienes lloran por la mala suerte y la desdicha de la protagonista de la telenovela. En la mañana, terapia grupal; en la tarde, novelas mexicanas; dormir a las seis, levantarse a las cinco; que un loquito “se rebotó”, que código rojo. Mamá, no es grave lo que tengo, solo fueron los efectos de una planta que ingerí, —mi madre no me mira; con un desagradable silencio, se levanta de la silla y me dice que tiene que hablar con el director.

—Mamá, no me dejen aquí. —Mi madre se demora más de lo común en la oficina del director; al parecer, está diligenciando unos documentos; debe ser la orden de salida; conmocionado, me dirijo a mi habitación para aprontar mis pertenencias. De regreso a la dirección, con una bolsa en la mano, encuentro a uno de los enfermeros, que me pregunta que hacia dónde me dirijo:

—Yo, me voy de aquí, —le respondo. El enfermero hace un gesto de rectificación, asombrado:

—De ninguna manera, usted no puede salir de aquí, —me replica.

—Pero mi madre acaba de acordar mi salida, —y pronuncio cada palabra con satisfacción.

—Lo que su madre acaba de acordar con el director es su traslado al pabellón de adicciones, —me notifica y me ordena que regrese a la habitación.

De regreso, con el corazón desgarrado, pienso en el pabellón de adicciones; seguramente, antes de la llegada de mi madre, mis familiares convinieron en prolongar mi estancia en este lugar insano; varios de mis amigos han permanecido en ese pabellón; los únicos libros que se permiten son religiosos y unas cartillas de autoayuda y prevención para sustancias psicoactivas.

José, un buen amigo de la bohemia, permaneció casi ocho meses internado; cuando salió, su peso se había incrementado, se lo veía más callado, iba a misa de continuo, hasta que, un día, se acercó a la esquina donde juegan monedas los vagabundos, se introdujo en el juego y, sin darse cuenta, terminó por recibir una a una, unas cuantas copas de aguardiente.

El pabellón de adicciones se encuentra al otro lado de la cancha de voleibol; algunas veces se alcanzan a ver desde aquí las sesiones de rehabilitación de los internos; debo alistar mi garganta para declarar todos los días: mi nombre es Alfonzo Cabezas, alcohólico y drogadicto; mi nombre es Alfonzo Cabezas, alcohólico y drogadicto.

## 19

Después de los tormentosos días de entrenamiento, la primera salida del batallón de nuestro contingente; la noticia que se propaga; es que patrullaremos en un pueblito, a 30 minutos de la ciudad; no sé cuánto tiempo permaneceremos en el lugar, por lo que llamo a mi abuela para darle la información.

Sin perder tiempo, mi abuela se presenta en la guardia, con algunas manzanas verdes y algo de pescado; me despido rápidamente, porque se hace el llamado de embarque y alistamiento de equipo. Durante la preparación del ajuar, advierto que me hace falta uno de los proveedores; no le doy mayor importancia y sigo limpiando mis cananas y mis cartuchos.

Llega la orden de embarque, deben ser como las nueve de la noche. Doce soldados nos aprontamos en un EE-11 Urutu, blindado; cuatro hombres más se incorporan al vehículo delantero, conformado por un soldado profesional, amunicionador, apuntador y conductor.

Al percatarnos de que llevamos más de cincuenta minutos de viaje, las sospechas invaden el interior del vehículo; las tensiones se acrecientan cuando un fuerte estallido incrementa la velocidad del transporte; al parecer, la manguera de frenos se encuentra atrofiada; las indicaciones por radio señalan que se debe estrellar el camión hacia un lado de la carretera; en el intento, se hunde la llanta y el tren delantero en una canaleta de desagües, lo que provoca el desplome del vehículo hacia delante. Al incorporarnos con leves dolencias, intentamos salir del transporte; los doce tripulantes nos encontramos bien; rápidamente, se detienen los camiones delanteros y los que nos escoltan prestan ayuda. Según el paisaje, nos encontramos a las afueras del Departamento; las explicaciones no dan solución al porqué del engaño; ni siquiera los soldados profesionales saben nuestro destino.

Dejamos el vehículo en un pueblo cercano; nos trasbordan a un Kodiak, con soldados profesionales, mientras esperamos a que llegara un nuevo Urutu blindado. Dos pueblos más arriba, nos agregan al nuevo vehículo. En la siguiente parada, veo al teniente Díaz un poco perplejo; sube y baja del Urutu, se quita y pone la gorra, saca y ensambla el proveedor del fusil muchas veces.

En el lugar, veo un árbol de naranjas, tomo las necesarias y las reparto con mis compañeros; el teniente Díaz no las acepta. Después de repartir la cosecha, el teniente Díaz se acerca a donde me encuentro:

—¿Tiene más naranjas, soldado?, —me pregunta, vergonzoso. Tomo un par de mis bolsillos y se las doy; las manos parecen sudorosas, le tiemblan; consecuente con esto, se le caen de las manos; las recoge y no puede pelarlas; admirado, y en provocado desespero, se las arrebato y las parto con mi navaja:

—Tome, teniente. —Los vehículos encienden sus motores, por lo que rápidamente levantamos los equipos y abordamos el transporte; veo una tienda cercana, bajo del vehículo para obtener algunos Pielroja. La señora tendera pregunta por mi edad; mi respuesta le saca algunos suspiros:

—Jovencito, tengan cuidado, que los están esperando a un kilómetro y medio, en seguida de la curva. —Ante sus palabras, recuerdo las instrucciones recibidas en los entrenamientos:

—Los civiles no quieren al ejército, colaboran con el enemigo. —De todas maneras, tomo precauciones, me dirijo al Urutu, saco la trompetilla del fusil por las escotillas del vehículo y les comento las palabras de la señora a mis compañeros; algunos incrédulos y desconcertados toman las mismas precauciones. Las primeras objeciones las expresa Quiñones:

—Si no' hubie'an traí'o a guerriá, no' hubie'an dicho; yo creo que solo vamo' a pratullá. — Cuando termina Quiñones de hablar, empieza el primer tastaseo; los proyectiles golpean los vehículos como aves chillonas; se detiene el primer Cascabel, cesan los disparos; bajamos, atrincherados unos a otros, según la orden; a un costado de la vía se encuentran unos cilindros bomba con artefactos de conexión, que llevan hacia un “cambuche”; en el lugar de estancia, encontramos seis equipos del enemigo; al parecer, el tiempo estuvo a nuestro favor y no alcanzaron a detonar la carga.

Desde la vía, logramos ver cómo el enemigo corre hacia las montañas. En los equipos encontramos material alusivo a los “Guerreristas del sur”; el material incautado corresponde a ropa de mujeres, preservativos, toallas higiénicas, bocadillos y algunos proveedores. Al terminar de desactivar los artefactos, levantamos los cilindros y los equipos a los vehículos.

El olor a yerba se esparce por el lugar; los soldados profesionales se pasan de mano en mano un cigarro de marihuana:

—Ni los baretos de Poncho eran tan enormes como estos. —Al acabar de fumar, salen apresurados hacia las montañas, tras los “guerreristas”. Dos kilómetros más adelante, empiezan el segundo tastaseo; nos damos cuenta que el enemigo nos prepara la siguiente emboscada; sin el auxilio de los profesionales, empezamos el combate; el proyectil de un

mortero impacta a uno de los blindados; los tripulantes salen aturcidos; en el vehículo en el que me encuentro, Quiñones se desploma en llanto:

—Yo no me hago matá', yo no salgo, yo no me hago matá'. —Pinta, uno de los tripulantes, asume con gallardía:

—No voy a morir escondido; ni por el Putas muero escondido dentro de este camión. —El gallardo da la orden; abre la escotilla principal, salta del camión; en zigzag sale del blindado, mientras yo disparo hacia las montañas. Ya en tierra, Pinta se atrinchera tras una roca:

—Salten, que yo los cubro, —grita desde la trinchera; soy el primero en dar el paso; en saltos y jumbos, llego hasta donde está mi compañero; en un centelleo pasan por mí los pensamientos e instrucciones de combate embrollados con estruendosas ráfagas: que hay que disparar en ráfaga, por tiempos y tiro a tiro; que la munición es sagrada.

Allí recuerdo que me hace falta un proveedor; sin pensar más en la munición, disparo en ráfaga sobre lo que se mueve en las montañas. Uno de los sargentos intenta disparar el cañón del cascabel; le gritamos que se apresure, que estamos en desventaja:

—La bala se atascó, —grita desde el Cascabel. Pinta sale corriendo a ayudarle, mientras yo le cubro las espaldas; el peligro en el que pienso es que hicieran un tiro de mortero hacia donde me encuentro atrincherado. La bala atascada se cambia por otra; les doy las coordenadas y activan el cañón; la vegetación destruida permitía ver que el enemigo corría; seguimos disparando con impetuosas descargas.

Quiñones aprovecha la oportunidad y sale del camión; alcanzo a ver a “media oreja”, al apuntador tendido sobre el camión; parece estar vivo, aunque tres disparos impactaron en su brazo; con el temor a que lo impacten de nuevo, preparamos un plan para bajarlo del vehículo. El teniente Díaz se lanza de voluntario para bajar al herido del Urutu; la misión consistía en apoyar al teniente con ráfagas contra el enemigo, mientras él desciende del vehículo al herido; la acción se llevó a cabo, el teniente dio la orden y empezamos a disparar con todo lo que teníamos sobre las montañas; Díaz llegó hasta el vehículo, tomó al soldado por la cintura y, en el momento en que intentaba forzar sus piernas para levantar al herido, una ráfaga cae sobre el asfalto; las balas le dieron al teniente y los dos cuerpos se desplomaron sobre charcos de sangre; la rabia desata mi cuerpo y grito desesperado:

—¡Cúbranme, antes que los rematen!, —y Quiñones y los atrincherados, en un arranque de valentía, disparan en ráfaga hacia las montañas; los disparos se confunden con gritos y llanto de desesperación e impotencia. Arrastro los cuerpos bajo las llantas del Urutu; el brazo de “media oreja” parece desprendido, su casco tiene impactos de bala, pero respira,

sigue con vida; al teniente Díaz lo destrozaron; un proyectil atravesó su columna y salió por el pecho.

El conductor del vehículo, sin casco ni protección toma el lugar del apuntador, acciona con rabia la ametralladora; la vegetación y los árboles caen destrozados debido a los proyectiles. La lluvia de balas se desata entre un bando y otro, mi munición está pronta a terminar; no puedo contener las lágrimas, pienso en mi abuela y mis amigos, no quisiera morir aquí.

Odio con todas mis fuerzas a la guerra, al gobierno, a la patria, a este país de mierda, por este acto de impiedad tan atroz, de campesinos que matan a campesinos, compatriotas que matan a compatriotas, humanos que matan a humanos, la vida que acaba con la vida.



Figura 6. Asunción.



## 20

La batida catapulta cuerpos mutilados, diez hombres, seis mujeres...

Borceguí, senos, regazos, cuellos, pies, uñas, dedos atravesados por plomo incinerado; la muerte garbea sin pausa sobre el campo.

El viejo fusil y los menajes son una insignia del eficaz operativo.

Con discordante aleteo, el reactor sublima la agrupación de órganos; ascienden los cuellos, los senos, las uñas, los dedos.